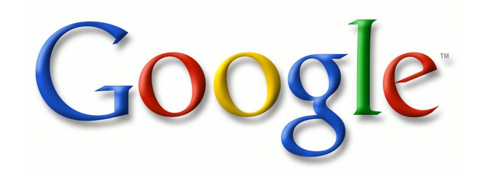
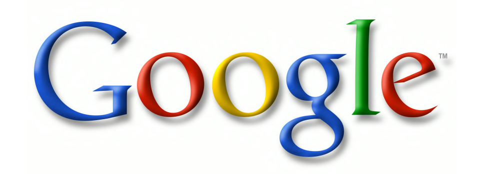
















MEXICO

Y

LOS ESTADOS UNIDOS

DURANTE

LA INTERVENCION FRANCESA

RECTIFICACIONES HISTORICAS

POR

Hilarión Frias y Soto.



MEXICO

IMPRENTA DEL COMERCIO DE JUAN E. BARBERO,

Calle de Ocampo número 21½.

1901

MEXICO

Y

LOS ESTADOS UNIDOS

DURANTE

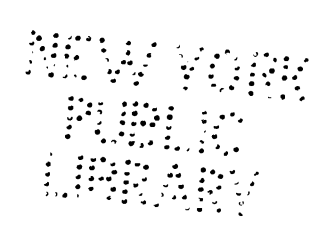
LA INTERVENCION FRANCESA

RECTIFICACIONES HISTORICAS

POR

Hilarión Frias y Soto.





MEXICO

IMPRENTA DEL COMERCIO DE JUAN E. BARBERO,

Calle de Ocampo número 21½.

1901

Tacubaya, Julio 30 de 1900.

Sr. Lic. Ignacio Mariscal, Secretario de Relaciones Exteriores.

Presente.

Mi fino amigo y Señor de mi alta estimación y respeto.

La vez en que torpe ó pérfidamente un diario de la capital publicó, truncándolo, el brindis que pronunció Ud. en las fiestas de Chicago, la prensa oposicionista atacó á Ud. imputándole que deprimía las glorias nacionales al afirmar que los Estados Unidos de América habían coadyuvado á la liberación de México haciendo cesar la intervención francesa.

Y los periodistas que tanto se apasionaron creyendo ó aparentando creer que Ud. negaba el gigantesco esfuerzo con que el partido republicano combatió sin descanso al numeroso ejército francés, son disculpables por este extravio de patriotismo: escritores de la nueva era, ni conocieron los incidentes de aquella tremenda crisis nacional, ni han estudiado profundamente la historia íntima de la intervención en sus orígenes, en su desarrollo y en su inesperado fin.

Ud., Señor, ha dicho una verdad, de esas que provocan tormentosos ataques, porque no concuerdan con preocupaciones vulgares, pero que debe consignar valientemente la historia, la gran reveladora que ni forja falsas glorias, ni se formida al tributar homenajes á la justicia.

Testigo tranquilo de los debates que en aquellos días se susci-

taron, dejé pasar la ola de la pasión y del encono, aguardando que llegara la acalmia que sigue á la tempestad para hacer escuchar en ella la verdad indiscutible, confirmada con documentos oficiales, olvidados ó no conocidos hoy.

Esa hora ha llegado ya, y la aprovecho para hacer la recordación histórica de las relaciones diplomáticas entre la República norte-americana y el imperio francés, que dieron por resultado la violenta salida de México del ejército de Napoleón III y que concluyera la intervención que levantó y sostenía el trono de Maximiliano.

Este pequeño opúsculo debo dedicarlo á Ud. porque en él se verá con cuanta injusticia se combatió el homenaje tributado á la diplomacia de los Estados Unidos que, al reivindicar el principio de Monroe, tomaron á la vez un tremendo desquite contra el Emperador de Francia que osó apoyar á los separatistas del Sur, retando imprudente á la República del Norte.

Pero Ud., Señor, no nescesita vindicación alguna, porque nadie puede poner en tela de juicio su intachable patriotismo. Ud. que ha consagrado su vida entera al servicio de la Patria, siempre leal á los principios republicanos: Ud. que con su gran inteligencia, su probidad y su abnegación tanto ha hecho por México en los años de prueba, solo merece nuestro afecto y nuestro respeto, porque su nombre está inscrito ya entre los de los patricios que de antiguo vinieron luchando contra la tiranía, y en pro de la Libertad, de la Reforma y de la Independencia.

Reciba Ud., pues, este pequeño tributo de cariño de su viejo amigo y admirador.

Hilarión Frias y Soto.

MEXICO,

LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE Y FRANCIA.

Nada se olvida tanto como la historia contemporanea: nosotros que hemos presenciado las tres grandes luchas que México sostuvo, en la segunda mitad del Siglo que agoniza, para fundar definitivamente el régimen democrático en su gobierno, plantear la Reforma, sin la cual la República no es viable, y salvar su independencia, amenazada por la invasión y por un gobierno extrangero, nos sorprendemos al ver que la nueva generación ignora hasta los detalles más culminantes de aquellas sangrientas evoluciones, cuyos principales actores van desapareciendo ya heridos por la muerte, pero dejando una estela de gloria en los anales de la patria.

Y nuestra sorpresa es mayor cuando, con una audacia suprema, resurgen personalidades entonces desconocidas, pero que se atribuyen mentidos he-

chos heróicos, rápsodas que narran sucesos no acaecidos, y hasta objetos históricos falsificados, que se ofrecen como pertenecientes que fueran á algunos de los personajes del drama nacional que tuvo su desenlace en el Cerro de las Campanas.

Este prolongadísimo eclipse histórico ha autorizado á muchos escritores, periodistas sobre todo, para hacer malas apreciaciones sobre algunos de los factores que determinaron el fin de la intervención francesa en México y el sangriento desastre que derrocó al Hapsburgo coronado por las tropas de Napoleón III.

Demostración del aserto anterior es la gárrula grita con que, hace algunos meses, se negó en la prensa oposicionista la enérgica presión que ejercieron el pueblo americano y su gobierno sobre el emperador de los franceses, hasta obligarlo á retirar sus tropas de México, cuya retirada fué una de las causas determinantes de la rápida caida del imperio y del triunfo de la República.

Motivo de esta tempestad fué el brindis pronunciado por el honorable y patriota Señor Mariscal en Chicago, brindis adulterado por un estenógrafo americano, y con torpeza así publicado por un diario semioficial.

Yo no voy á ocuparme del apasionado debate que provocó ese brindis, después de que nuestro digno representante en los Estados Unidos publicó el texto genuino de su alocución, demostrando el inmaculado funcionario que jamás premeditó negar la inmarcesible gloria del pueblo mexicano, que

propugnó con inmortales alientos por defender su suelo y su nacionalidad.

Sintetizando el pensamiento del Señor Mariscal, puede reducirse á esta sencillísima fórmula:— "Los Estados Unidos, al exigir la retirada del ejér-"cito francés, apresuraron el término de la inter-"vención, coadyuvando poderosamente á los esfuer-"zos que hacian los mexicanos para recobrar su in-"dependencia."

Dijo también el Señor Mariscal que si hubiera continuado el apoyo de la Francia imperial al archiduque, pudo la República haber sufrido una crisis tan larga como letal.

Y esta apreciación indiscutible, porque el futuro contingente en buena lógica no sufre discusión, engendró la censura mas violenta y apasionada, que partia de dos bandos contrarios, del oposicionista liberal extraviado en su patriotismo por su ignorancia completa de los hechos, y el clerical, que no obstante haber sido amnistiado por la República conserva su odio contra ésta, y como sectario católico guarda eterno rencor contra la República protestante del Norte.

Yo, que condeno como inútil toda discusión sobre la posibilidad de que se consumara ó no un hecho probable, no resucitaré el viejo debate.

No pretendo más que recordar los principales sucesos de la intervencion, desde que esta chocó contra los intereses americanos. Y para dar á mi narración el invulnerable sello de la verdad, repro-

duciré piezas diplomáticas auténticas, publicadas entonces, pero enteramente olvidadas hoy.

Este mi pequeño trabajo tiende, pues, á dejar consignados los siguientes hechos:

I. Que á raíz del establecimiento del imperio de Maximiliano, los Estados Unidos lo desconocieron y protestaron contra la presencia del ejército francés en México.

II. Que la actitud del gabinete de la Casa Blanca fué el factor primero y principal del fin de la intervención francesa.

III. Que México ni solicitó ni necesitó la ayuda de los Estados Unidos para mantener, implacable, la guerra de la independencia y

IV. Que si la República no logró vencer la intervención, esto no mengua la gloria que alcanzó combatiendo infatigable contra los franceses, y cuando éstos se retiraron, derribando además al imperio.

I.

Tres sucesos importantísimos se realizaron en Europa por la imprevisión política de Napoleón III, la unidad italiana, la alemana, y la empresa de México, dirigidos por el gobierno imperial que brotó del golpe de Estado del 2 de Diciembre, revesti-

do del absolutismo más arbitrario que pudo imponerse á la Francia moderna.

Napoleón, al derrotar á la Austria en Magenta y Solferino, para retroceder tímidamente en la paz de Villafranca, no previó que dejaba preparado el fin del poder temporal del Papa. Y al ayudar los trabajos con que Bismark urdia la hegemonia de Prusia en Alemania, jamás creyó que tras la derrota de Sadowa vendría la invasión de Francia y la vergonzosa rendición de Sedan.

Sin embargo, estas dos empresas del gobierno personal de Napoleón pequeñísima resistencia encontraron en Francia, y aun hubo espíritus fascinados que las aplaudieron, sin comprender que, al debilitar á la Austria y al desmembrarse la monarquía danesa, vendria para el imperio napoleónico un peligro de muerte con la unidad alemana presidida por los Hohenzollen.

La empresa mexicana, por el contrario, encontró desde su principio una ruda oposición, y sólo pudo realizarse porque lo ordenó con toda su omnipotencia el autócrata francés, cuando nadie podia estorbarla.

¿Cuáles fueron los móviles de la intervención francesa en México?

Un notabilísimo escritor francés, al ocuparse de la aventura napoleónica en México, *no dá sino una importancia muy secundaria á ciertos motivos, muy poco honrosos* que, según se dijo, no fueron del todo extraños á la empresa de intervención, y los

que levantaron un gran rumor en la tribuna y en la prensa.

Dicho escritor afirma que el origen de la empresa mexicana es el juicio falso formado por el gobierno francés sobre el éxito de la guerra civil de los Estados Unidos del Norte.

Conforme con esa causal, que á mi juicio fué determinante, pero no primitiva, adelante me ocuparé de ella, pues creo necesario á la integridad de este trabajo consignar en unas cuantas líneas las causas secretas, y no muy honrosas, que decidieron á Napoleón III á invadir á México, con el fin de levantar un trono sobre las ruinas de la república.

Hacía muchos años que el partido conservador y el clero de México trabajaban en el extranjero para fundar aquí una monarquía católica, á fin de proteger los intereses del partido retrógrado y los materiales de la Iglesia.

Pero esa antipatriótica labor no fructificó sino cuando los emigrados mexicanos pudieron hacinar en la Corte de las Tullerías poderosos elementos que les conquistaron la empeñosa cooperación de la emperatriz Eugenia, la interesada y decisiva ayuda del duque de Morny, hermano incestuoso de Napoleón, y la vanidosa aquiescencia del emperador.

Grandes y fáciles entradas en la corte de Eugenia tenian los emigrados laborantes, como Hidalgo el favorito, y algo más, de la Montijo, suegra de Napoleón, Almonte el despechado pretendiente de

la presidencia de México, y sobre todo el habilísimo Arzobispo Labastida, que con su talento seductor llegó á fanatizar á la emperatriz, católica apasionada, como española, que vió en la cuestión mexicana una cuestión religiosa en la que se empeñaban sus creencias y su conciencia, obligándola á defender á la Iglesia oprimida y despojada de sus bienes por los reformistas.

Conquistada Eugenia para la causa del clericalismo, el triunfo de éste era seguro, porque tenía á su favor á la familia imperial, y sabido es que la mujer, la eterna cómplice del sacerdote, arrastra al esposo hasta donde él no creyera posible.

Había entonces en la Corte otra influencia soberana, irresistible, la de una vieja española, Josefa, antiquísima camarista de las Montijos, que acompañó á éstas siempre en sus viajes, cuando eran sólo aristocráticas aventureras.

Cuando la hija de la Montijo, con asombro de las dinastías reinantes, se ciñó la corona más bella de Europa, la imperial de Francia, Pepa la camarista entró tambien triunfante en las Tullerías; y dueña de la voluntad de sus amas, fué pronto una potencia por cuyo conducto alcanzaban los cortesanos los puestos más altos y los empleos más lucrativos.

Por eso cuando Pepa cruzaba por los salones de las Tullerías, arrastrando las chancletas, recibía con altivez los respetuosos homenajes de los nobles y los memoriales de los pretendientes.

Y Pepa fué la protectora de Labastida, al que

reverenciaba como buena católica española; fué también la que abrió las puertas del camarín de la emperatriz á los emigrados mexicanos.

El pensamiento de la intervención iba ya á realizarse, impulsado por la familia imperial que se constituia en defensora entusiasta de la fe y de la Iglesia mexicana.

Pero en este grupo no debe contarse á la familia francesa de Napoleón, que no era muy religiosa, aunque sí estaba empeñada en la empresa mexicana. La princesa Isabel, por ejemplo, habia recibido de la casa de Martinez del Rio la promesa de que se le darían unas minas de Sultepec por su cooperación en el proyecto intervencionista.

Aun otros intereses más positivos y seductores pesaban sobre las resoluciones del emperador. El duque de Morny, el verdadero director del golpe de Estado del 2 de Diciembre y alma é inteligencia del gobierno imperial, se interesó por una conversión en el negocio de los bonos del préstamo usurario del suizo Jecker.

Así fué como los soldados franceses vinieron á México á defender los bienes de la Iglesia y á ejecutar el pago de una deuda falsa y fundada en un contrato leonino.

Sobre estas miserias se quiso echar un velo que las cubriera, fingiendo pretestos pueriles, y alardeando que se venia á México á hacer algo muy grande, á reparar agravios (soñados), á regenerar á

un pueblo desgarrado por continuas guerras civiles, y sobre todo *á vigorizar la raza latina en la tierra americana, para oponerla á las invasiones y demasías de los anglo-sajones.*

Despues del descalabro que sufrió el general Laurencez el 5 de Mayo de 1862 frente á Puebla, al recibir Forey el mando del grueso cuerpo de ejército que venía á México, á reparar aquel desastre, Napoleón escribia al nuevo general en jefe del ejército invasor, entre muchas instrucciones, las siguientes frases:

....

.... "Fontainebleau, 3 de Julio de 1862.

"Si, por el contrario, México conserva su inde-"pendencia y sostiene la integridad de su territorio, "*si un gobierno estable se perpetúa allí con ayuda de "la Francia, habremos devuelto á la raza latina su "fuerza y su prestigio al otro lado del Oceano.*"

NAPOLEÓN.

¡Y para regenerar á la raza latina americana eligió Napoleón III un príncipe germano, un Hapsburgo! Esto es perfectamente insensato.

Pero desde que Napoleón tan solemnemente lanzó á los cuatro vientos ese reto á la raza anglo-sajona americana, el choque entre el imperio francés y los Estados Unidos del Norte era inevitable.

Cincuenta y dos días antes de que Maximiliano llegara á México, el gobierno de la Casa Blanca protestaba ya por el atentado cometido contra la soberania de la República Mexicana.

Maximiliano, en efecto, desembarcó en Veracruz el 27 de Mayo de 1864, y desde el 7 de Abril anterior M. Seward enviaba á M. Dayton, ministro de los Estados Unidos en París, para que la trasmitiera al gobierno imperial, la siguiente nota:

"Washington, 7 de Abril de 1864.

"Señor; os envío copia de una resolución *apro-* "*bada por unanimidad* en la Cámara de Represen- "tantes, el 3 del presente mes. Ella afirma *la opo-* "*sición de este Cuerpo al reconocimiento de una mo-* "*narquía en México.*"

......No es preciso, despues de lo que con tanta franqueza os he escrito *para conocimiento de la Francia*, decir que esa resolución traduce sinceramente *el sentimiento unánime* del pueblo de los Estados Unidos respecto á México.

W. H. Seward.

¡En qué momentos el gobierno de la federación americana levantaba así su enérgica protesta, cuando el general Lee alcanzaba triunfos en Richmond, y cuando la actitud de los confederados *intimidaba* al Presidente Lincoln! ¿Qué sería pues si el Norte llegaba á triunfar del Sur?

Sin embargo, la declaración de la Cámara americana y la altivez de la nota en que Seward la trasmitió al gobierno francés no preocupó á Napoleón, ni estorbó que Maximiliano y su esposa salieran de Miramar para venir á hundirse en el abismo que abrió á sus piés el patriotismo de los mexicanos.

Es que Napoleón III no previó el fin de la guerra civil de los Estados Unidos, y creyó que impunemente podía invadir á México, olvidando que en el Nuevo Mundo se ha proclamado un derecho internacional distinto del europeo: éste tiene por base el derecho del mas fuerte, en tanto que el nuestro radica en el respeto al derecho ageno, y lleva esta fórmula anti-intervencionista "*América para los americanos.*"

Al erguirse los Estados Unidos frente á la Francia imperial, no era sólo por defender á la República Mexicana: otro objetivo máa elevado y que más íntimamente los afectaba fué lo que los impulsó á afrontarse con Napoleón, defender la integridad del continente americano, y no permitir que cualquiera nación poderosa de Europa, viniera á imponer sobre un pueblo débil ciertas brutales tradiciones de la edad media que intactas aun se conservan en el continente europeo.

Pero Napoleón no midió las fuerzas del gobierno de Washinton y llevó adelante su insensata empresa. En comprobación de este juicio voy á reproducir la opinión de un estadista francés, opinión emitida á raiz del fusilamiento de Maximiliano, en Noviembre de 1867.

Me refiero á Prévost Paradol, que en un brillantísimo prólogo que escribió para la obra del conde de Kératry intitulada *Elevación y caida del Emperador Maximiliano*, dice lo siguiente:

"Si no hubiera estallado la guerra civil (en los "Estados Unidos) ó si el gobierno francés hubiese

"previsto la victoria definitiva del Norte sobre el "Sur, y la reconstrucción del poder americano, nun- "ca hubiera nacido en su espíritu (en el de Napo- "león) la idea de fundar un trono en México con "los ejércitos de Europa. La disolución aparente de "los Estados Unidos fué la causa de la empresa me- "xicana, *como su resurrección ha bastado para anona- "dar ese trono efímero.* El error tan funesto en que "ha caido el gobierno francés, respecto á la guerra "civil de los Estados Unidos, se esplica por la ha- "bitual tendencia de la alma humana á esperar lo "que desea. Desde el principio de ese gran trastor- "no el gobierno francés deseaba la caida de la re- "pública americana, y sus órganos más acreditados "no hacían un misterio de ello. La destrucción de "un gobierno republicano por una especie de suici- "dio, el hundimiento súbito de una democracia que "pretendía prosperar sin un César, parecían de buen "agüero, al mismo tiempo que debian servir de "ejemplo á todos aquellos que tienden á creer que "la dictadura es el acompañamiento necesario y el "forzoso final de la democracia."

Es que, como el mismo escritor con tanto tino hace notar, la empresa de México no era para los Estados Unidos más que un incidente de su guerra intestina, y solo aguardaban terminar ésta para vengarse de Napoleón, que sin embozo se había declarado partidario de la causa separatista, hasta inclinarse á reconocer como beligerantes á los rebeldes del Sur.

Se ha dicho por alguien que la oposición de

los Estados Unidos á la intervención francesa en México fué débil y sobre todo tardía. Quc fuera débil es un absurdo, pues durante la guerra civil en aquella república no podía tomar otra forma que la de protestas y amenazas, más ó menos encubiertas, para cuando desapareciese aquel obstáculo, y bien se sabe que apenas fué tomado Richmond por las tropas federales, el general Grant envió á las cercanías de nuestra frontera cien mil hombres, cuya presencia allí, innecesaria para otros objetos, fué una amenaza más eficaz y harto bien comprendida.

Que dicha oposición fuera tardía es otro absurdo, cuando hemos visto que comenzó desde antes que Maximiliano pisara nuestras playas, desde principios de Abril de 1864. Y desde entonces no dejó de repetirse, sin interrupción alguna, acentuándose por el gobierno americano para con el francés en cuanta oportunidad se presentaba. En 1º de Agosto de 1865, por ejemplo, el Ministro Bigelow decía al Ministro de Negocios Extranjeros en París, acompañándole unas cartas, en copia, de un Dr. Gwin y otros individuos sobre proyectos favorables á Maximiliano, lo que sigue: "De estas copias se desprende: 1º Que el Dr. William H. Gwin y su familia, aunque ciudadanos de los Estados Unidos, son traidores á su gobierno. 2º Que pretenden obtener de Maximiliano, el cual lleva el título de Emperador de México, concesiones de terrenos metalíferos en el seno de aquella República vecina de los Estados Unidos, y que el Dr. Gwin debe diri-

gir la explotación de esas minas. 3º Que espera sean establecidos en esas comarcas innumerables capitalistas y colonos venidos de los Estados rebeldes de la Unión. 4º Que también dan la seguridad á Maximiliano y al Emperador de los franceses de que esos proyectos tienden á cooperar con los de Maximiliano en México y á robustecerlos con detrimento de los Estados Unidos. 5º Que piden la protección del Emperador de los franceses, con la promesa de proporcionar en cambio recursos militares.

"Al someter al Ministro de Negocios Extranjeros copia de la citada correspondencia, el infrascrito está encargado de declarar francamente que las simpatías del pueblo americano por los republicanos de México *son muy vivas*, y que verá con impaciencia la continuación de la intervención francesa en aquel país; que toda protección otorgada á los proyectos del Dr. Gwin por el titulado Emperador de México, ó por el gobierno imperial de Francia, tenderá notablemente á acrecentar esa impaciencia del pueblo, porque consideraría, quizá con justicia, que entraña algún peligro, ó por lo menos, alguna amenaza para los Estados Unidos." Ni el tono de esta nota ni su fecha justifican el cargo de que la oposición americana á la intervención francesa fuera débil ó tardía.

No satisfecho, sin embargo, el pueblo americano con la acción oficial de su gobierno en un asunto tan trascendental, acusaba de debilidad á Mr. Seward, el Secretario de Estado en Washington, y este funcionario se disculpaba alegando las difí-

ciles circunstancias en que se hallaba la Unión durante la guerra separatista, y prometía obrar más enérgicamente luego que aquella terminase. No por esto cesaban las acusaciones en la prensa y aun habia murmuraciones en el ejército, cuyas ardientes simpatías por los republicanos de México eran visibles y muy marcadas en el General en jefe Ulises S. Grant. Así es que apenas fué ocupado Richmond, la primera providencia de ese General fué enviar á nuestra frontera, ó sus cercanías, los cien mil hombres de que hemos hablado. El deseo de Grant era que se pusiesen á las órdenes de nuestro benemérito Juarez; pero Seward se opuso resueltamente manifestando que ni á los Estados Unidos ni á México les convenia tal cosa, y aseguró que bastaría la acción diplomática para lograr la retirada de los franceses, como sucedió en efecto.

Para robustecer sus protestas y amenazas en el órden diplomático, envió Seward al lado de Napoleón, como agente secreto, al Mayor General Schofield, que se trasladó á París con instrucciones de explicar al Emperador francés cuál era la actitud del pueblo y el ejército de los Estados Unidos en lo relativo á la ocupación de nuestro territorio por tropas de la Francia.

No hay duda que esta misión secreta contribuyó grandemente á la retirada de los invasores. Desgraciadamente, no conocemos en sus detalles cuáles fueron los trabajos de Schofield y de qué manera influyeron favorablemente en el resultado; porque no llegó á publicarse su correspondencia

y sólo se encuentran alusiones generales á esa misión en el tomo 7º de la correspondencia del Señor Don Matías Romero con nuestro gobierno, de Enero á Junio de 1866.

Vencida la rebelión y preso el presidente suriano Jefferson Davis, todavía pensó el mariscal Bazaine utilizar las tropas dispersas del ejército del Sur para formar con ellas un cuerpo auxiliar del imperio mexicano.

Creyó sin duda, el general en jefe del ejército intervencionista que después de su triunfo los Estados Unidos, anhelando la completa pacificación del país, verían con satisfacción que el general Slaughter, que ocupaba á Brownsville con 25,000 confederados, pasara á territorio mexicano perdiendo con sus tropas su nacionalidad, para hacerse súbditos de Maximiliano.

Esa creencia no da una idea muy alta de la perspicacia política de Bazaine, que al emitirla revela que desconoce del todo el levantado carácter americano.

Sin embargo, osó proponer á Maximiliano que se atrajera á los confederados de Brownsville, en una carta, de la que tomo los siguientes párrafos:

México, 29 de Mayo de 1865.

Señor.

"Los últimos acontecimientos sobrevenidos en "los Estados Unidos, y los movimientos del general "Negrete sobre la Frontera del Norte del imperio, "me imponen el deber de presentar á V. M. la si-

"tuación actual, como yo la comprendo, llamando "la alta atención del emperador sobre ciertas even- "tualidades que, aunque no constituyen un riesgo "inminente, son sin embargo de una alta impor- "tancia.

"Está hoy fuera de duda que los agentes jua- "ristas se mueven y tratan de crear al imperio me- "xicano embarazos y dificultades, que parecen ha- "cerse inevitables con la suspensión de las hostili- "dades entre el Norte y el Sur de los Estados Uni- "dos...

....

Bazaine enumeraba después las órdenes que había dado, los movimientos que debían ejecutar las tropas y las medidas dictadas para recobrar la ciudad de Matamoros, reconquistar el Estado de Tamaulipas y dispersar ó bloquear á los disidentes, es decir á los republicanos; después abordaba la cuestión de los confederados, en los siguientes párrafos de la misma nota:

"Es posible que el general confederado Slaug- "hter, que manda en Brownsville, al saber los de- "sastres de su partido y la captura del Presidente "Jefferson Davis por los federales, deponga las ar- "mas, como lo han hecho otros generales surianos; "pero no es improbable que la proximidad del te- "rritorio mexicano lo estimule á venir á la orilla "derecha del rio á buscar un refugio, con su ejército "desarmado, en un territorio amigo.

"El derecho internacional autoriza perfecta- "mente el asilo que se dé á un ejército vencido

"en estas condiciones. Después de desarmar pré-
"viamente al ejército del Sur, sería posible formar
"grupos coloniales entre Monterrey y el Saltillo, en
"los terrenos que pertenecen al Estado en aquellos
"lugares, y aun en los del Sr. Sanchez Navarro"....

El Mariscal Bazaine comprendía que los yankees se irritarían al ver que se daba asilo á un ejército confederado, y que crearía por esto serios embarazos al imperio. Mas para alejar ese peligro proponía un medio originalísimo, en verdad, enviar á Matamoros, investido de poderes políticos, un comisario imperial que arreglase la entrada del general Slaughter al servicio de Maximiliano.

He aqui cómo el Mariscal planteaba su proyecto:

"El espíritu irritable de los yankees podía
"crear nuevos embarazos al saber que se daba asilo
"al ejército del general Slaughter.

"No admito la posibilidad de que las últimas
"fuerzas del Sur hiciesen una resistencia desespera-
"da en Tejas. El resultado no podía ser dudoso ni
"tardío.

"Sin embargo, como es preciso preverlo todo,
"esta eventualidad sería la más peligrosa para la
"frontera del Norte de México. Los ejércitos ame-
"ricanos invadiendo á Tejas, traerían á las puertas
"del imperio *unos vecinos temibles*, y más que nunca
"sería indispensable tener en Matamoros un agente
"con cuya adhesión pudiese V. M. contar.". ....

....

BAZAINE.

Y no quedó en proyecto el pensamiento del Mariscal, sino que se intentó reducirlo á la práctica.

Un agente secreto de los confederados llegó á México proponiendo que aquellos fuesen recibidos como ciudadanos, aceptando los derechos y obligaciones de tales, ofreciendo desbandarse al entrar en territorio mexicano, y entregar sus armas, las que se les devolverían después para formar colonias militares.

El gabinete de Maximiliano no comprendió cuán ventajoso le era contar con 25,000 hombres más en la frontera cuando en ésta la insurrección se levantaba formidable contra el imperio; y propuso al agente que otorgaría al ejército de Slaughter el paso libre en el suelo mexicano, pero que ese ejército sería al principio considerado como prisionero.

Las negociaciones se rompieron y los Estados Unidos del Norte se afrontaron al punto con Francia, ávidos de vengar tanto ultrage y de tomar la revancha contra Napoleón, que tan osadamente había laborado por la causa separatista.

II.

Napoleón tembló al ver lo que nunca había creido, que la Unión americana surgía más poderosa después de su tremenda guerra civil, reconstituyéndose rápidamente.

Y su terror fué más hondo, aunque supo ocultarlo á la Francia, cuando supo que el General Grant, con la aprobación de su gobierno, había hecho marchar hasta cerca de la Frontera mexicana (en el Distrito del Río Grande) cien mil hombres, caballería en su mayor parte, á las órdenes de su segundo en jefe, su general favorito Sheridan.

Pretesto fué de esta expedición sofocar revueltas que no existían, en Tejas; pero el emperador no se hizo ilusiones, comprendió que aquel ejército tenía por única misión apoyar las casi órdenes que iba á imponerle el Gabinete de la Casa Blanca.

Desde entonces Napoleón III adoptó una política pérfida con Maximiliano, ya para justificar el rompimiento que meditaba con el fin de justificar la retirada de su ejército, ya para obligar al archiduque á que abdicara.

En el ánimo de Napoleón estaba condenado á desaparecer el imperio que él habia levantado en México.

Hemos llegado al período histórico en que surge forzosamente el problema tan desgraciadamente discutido hace algunos meses en la prensa oposicionista, con motivo del adulterado brindis del Sr. Mariscal, por algunos periodistas que no se tomaron la pena de estudiar profundamente la historia de la intervención francesa y de revisar la correspondencia cruzada entre el Secretario de Relaciones de los Estados Unidos y el del imperio francés.

La cuestión sometida al debate fué la siguiente: ¿"La actitud hostíl del Gabinete de la Casa Blan-"ca fué el factor primero y principal del fin de la "intervención francesa en México"?

No somos nosotros, la correspondencia diplomática de aquella época es la que contesta afirmativamente.

En nuestro ardiente patriotismo habríamos deseado lo que *inconscientemente* han creido algunos periodistas, que las armas de la república hubieran barrido hasta las costas del Golfo al ejército francés; pero desgraciadamente no sucedió así.

Los mexicanos, y esto constituye su indisputable gloria, lucharon sin tregua y heróicamente contra el ejército reputado entonces el primero del mundo por su valor y disciplina; y los grandes patriotas que sostuvieron aquella lucha gigantesca por defender nuestra independencia alcanzaron notables victorias sobre algunas columnas francesas, pero que no fueron decisivas.

Verdad es también que el ejército invasor llegó á cansarse de aquel continuo batallar, y que no logrando pacificar el país, tuvo que abandonar los territorios fronterizos para concentrar su esfera de acción en los Estados del centro.

Y es indudable que todos los puntos de la linea del Norte confiados á las tropas imperialistas ó á los belgas y austriacos eran rápidamente debelados por las fuerzas de la República, que solo cejaban ante los poderosos auxilios que mandaba Bazaine, como sucedió en Matamoros y Monterrey.

Pero nada de esto pudo obligar á Napoleón á retirar su ejército, interesada como estaba su política en conservar una intervención tan audazmente consumada, y un imperio en el que estaban empeñados grandes intereses de la Francia, como su sangre, su honor y su oro.

La formidable grita que se levantó en los Estados Unidos, con una generalidad asombrosa, en el pueblo, en la prensa y en las dos cámaras, obligó por fin al Secretario de Estado W. H. Seward á lanzar á Napoleón las notas conminatorias en que se le ordenaba sacar sus tropas de México.

Veamos, rápidamente, cómo se tradujo en hechos esa altiva dignidad de la República del Norte, y así se persuadirán los que nos honren leyendo estas lineas, de que en el conflicto suscitado entre los Estados Unidos y el emperador de los franceses la cuestión mexicana solo fué un accidente, que la colisión fué intercontinental, y el resultado del nuevo *jus gentium* proclamado por las razas americanas contra las usurpaciones de los pueblos de Europa.

Yo no puedo entrar al fondo del asunto sin narrar antes los gravísimos sucesos que al consumarse en los Estados Unidos repercutieron tan fatalmente en la corte imperial de las Tullerías.

Había pasado la hora de los desastres para la Unión y ya los confederados no alcanzaban aquellos

brillantes triunfos que tanto habían halagado á Napoleón III, haciéndole creer que, triunfante el Sur, de cuya causa era partidario, la República americana quedaba disuelta ó casi destruida.

Tras largos y sangrientos combates, en los que fueron vencidos los confederados, el célebre general de éstos, Lee, tuvo que abandonar á Richmond, que por tanto tiempo había defendido, retirándose con u destrozado ejército hacia Danville y Lynchburg, creyendo resistir en estas ciudades tan perfectamente fortificadas.

Con gran solemnidad se festejó en Washington la ocupación de Richmond, y en uno de aquellos actos, y ante un gran número de pueblo el Secretario de Estado Seward, en su alocución, condenó acremente la conducta de Francia que, declarándose partidaria del Sur, había abierto sus puertas á los buques confederados y á los rebeldes les había ministrado auxilios.

El Sr. Licenciado José María Iglesias, que tan oportunamente recogió estos datos en sus importantísimas revistas, cuenta con este motivo un acto de prudencia del emperador de Austria, quien, al venir Maximiliano á México, declaró oficialmente á los Estados Unidos, que la aceptación de la corona imperial mexicana era un acto personal de Maximiliano, en el que no tenían participación alguna ni Austria ni Francisco José el emperador.

Napoleón III no tuvo esa intuición, y por eso, al implicarse en la insurrección suriana, mereció que en las fiestas de Washington dijera el vice-pre-

sidente Johnson en su arenga, que llegaría la hora en que las naciones que han mostrado tanta insolencia mezclándose sin derecho alguno en la guerra civil de los Estados Unidos, en la época de la adversidad, conocieran que el gobierno de éstos tiene poder bastante para hacerse sentir y respetar del mundo entero.

Johnson, que lanzaba este reto á Francia el 3 de Abril de 1865, pocos dias después iba á ser Presidente de los Estados Unidos, para realizar su tremenda amenaza.

En efecto, estando Lincoln, el Presidente, en su palco del teatro Ford la noche del 14 de Abril, un cómico, llamado John Wilkes Booth, entró con rapidéz y disparó sobre él hiriéndolo de muerte.

El asesino, que era un rabioso partidario del Sur, huyó por el foro; mas perseguido tenazmente, fué al fin descubierto en la finca donde se había refugiado con uno de sus cómplices, y resistió á mano armada á sus aprehensores, hasta que sucumbió de un balazo en la cabeza.

La misma noche del crimen otro asesino penetró á la casa del Secretario de Relaciones Seward, lo hirió gravemente, así como á los dos hijos del Ministro que se echaron sobre el criminal.

El mismo día 15 Johnson ocupó la presidencia, y cuando Seward se restableció de su herida, tornó á encargarse de la Secretaría de Estado.

El cobarde asesinato de Lincoln provocó gran indignación en el pueblo americano, que se entregó en su ira á actos de violencia, destruyendo las im-

prentas donde se habían publicado periódicos partidarios del Sur y de la intervención francesa en México.

Pero la muerte del Presidente no mejoró la situación de los separatistas: después de la toma de Richmond vino la rendición de Lee, y más tarde la de Johnston: Mobila, Selma, Montgomery y Lynchburg fueron ocupadas por las tropas de la Unión y con ellas el inmenso material de guerra que encerraban.

Las pequeñas partidas de surianos ó se disolvían ó se sometían, sucumbiendo al fin la Confederación. Su Presidente Jefferson Davis, al terminar Abril, se puso en salvo, buscando un puerto donde embarcarse para Europa. Más tarde fué capturado.

Entonces se acentuó la actitud agresiva del gobierno de los Estados Unidos contra Napoleón III.

El 6 de Diciembre de 1865 el departamento de Estado de Washington dirigió al marqués de Montholon, ministro de Francia, una nota en la que se expresaba de una manera clara y precisa la hostilidad con que veían los Estados Unidos la presencia en México del ejército intervencionista, apoyando una monarquía por él fundada.

Esta nota, comunicada á Napoleón III, causó en el gobierno imperial una profunda sensación y engendró en el ánimo del emperador el pensamien-

to de abandonar á Maximiliano, antes que empeñarse en una lucha imposible con la poderosa república del Norte.

El 11 del mismo mes de Diciembre se presentaron simultáneamente en el Senado por Mr. Wade y en la Cámara de diputados por Mr. Schenk las siguientes proposiciones:

"I. Que contemplamos la situación que guarda "la república mexicana con la ansiedad más pro-"funda.

"II. Que la tentativa de una potencia extran-"jera de derrocar á un gobierno republicano de este "continente y de establecer sobre sus ruinas una "monarquía, apoyada solamente en bayonetas eu-"ropeas, es opuesta á la política declarada del go-"bierno de los Estados Unidos, ofensiva para este "pueblo y contraria al espíritu de nuestras institu-"ciones.

"III. Que se suplique al Presidente de los Es-"tados Unidos tome en este grave asunto las pro-"videncias convenientes para vindicar la política "reconocida de nuestro gobierno, protegiendo su "honor y sus intereses."

Y en la misma sesión se presentaron diez y ocho proposiciones más, por otros tantos diputados, pidiendo unas que informase el Presidente sobre las medidas y providencias dictadas para devolver al pueblo mexicano el libre é ilimitado derecho de escoger su forma de gobierno, otras condenando el bárbaro decreto de Maximiliano del 3 de Octubre

y otras pidiendo se comunicase á las Cámaras la correspondencia cruzada entre el gobierno americano y el francés para hacer cesar la ocupación francesa en México.

Muchas de estas proposiciones, las que pedían informes, fueron aprobadas, y las demás pasaron á la comisión de relaciones respectiva.

Intimidado Napoleón con la tempestad que contra él se levantaba en el Norte de América, hizo que su Ministro de relaciones enviase á Mr. Seward una nota en la que el gobierno francés anunciaba "que estaba dispuesto á apresurar, *tanto como fue-* "*se posible*, la salida del ejército francés de México.

Esta comunicación llevaba la fecha de 9 de Enero de 1866, y diez dias después el barón Saillad salía en el paquete para México, trayendo instrucciones confidenciales á Bazaine.

Pero el plazo dilatorio y vago de apresurar *tanto como fuere posible* la evacuación de México, no satisfizo al gobierno de los Estados Unidos, y el 12 de Febrero de 1866 Mr. Seward enviaba á M. de Montholon la siguiente nota:

Washington, 12 de Febrero de 1866.

Señor.

"El 6 de Diciembre he tenido el honor de diri- "giros, *para que se informe el Emperador*, una comu- "nicación escrita con motivo de los negocios de Mé- "xico, en tanto que los afecta la presencia de fuer- "zas armadas de Francia en aquel país..............

"M. Drouyn de Lhuys nos asegura que el go-"bierno francés está dispuesto á apresurar, *tanto co-"mo sea posible,* la salida de sus tropas de México. "Recibimos esta notificación como una promesa "eventual de ahorrar en lo sucesivo á nuestro gobier-"no las aprehensiones y la inquietud, sobre las cua-"les insistía yo en la comunicación que M. Drouyn "de Lhuys ha tenido que analizar.................. .....

....

"Siempre es de mi deber sostener que, cuales-"quiera que fuesen la intención, el objeto y los moti-"vos de la Francia, los medios adoptados por cierta "clase de mexicanos para derrumbar al gobierno re-"publicano de su país, y aprovecharse de la inter-"vención francesa con el objeto de establecer una "monarquía imperial sobre las ruinas de aquel go-"bierno, no han tenido, á juicio de los Estados Uni-"dos, la aprobación del pueblo mexicano, y se han "puesto en ejecución contra su opinión y voluntad.

. ...

"Los Estados Unidos no han visto ninguna "prueba satisfactoria de que el pueblo mexicano ha-"ya establecido ó aceptado el *pretendido imperio* que "se sostiene haber fundado en la Capital. Como "lo he hecho notar en otras ocasiones, los Estados "Unidos son de opinión que semejante aceptación "no puede ser libremente obtenida ni admitida co-"mo legítima en presencia de la invasión del ejér-"cito francés. Les parece necesaria la retirada de "las tropas francesas para permitir á México que "recurra á una manifestación de esa naturaleza.

"Sin duda que el emperador de los franceses tiene "fundamentos al definir el punto de vista bajo el "cual debe resolverse la situación de aquel país; "pero no por eso deja de ser el juicio de la Unión "tal como yo lo presento. *La Unión no reconoce,* "pues, *ni debe continuar reconociendo en México sino* "*á la antigua república,* y en ningún caso puede "comprometerse á lo que implicaría, ya directa ya "indirectamente, tener relaciones con el príncipe "Maximiliano, instituido en México, ó reconocer á "este príncipe.

....

"Así llegamos á la cuestión aislada que tenía "por objeto mi comunicación del 6 de Diciembre de "1865, á saber, la oportunidad de terminar un de-"bate, *cuya prolongación debe perjudicar incesante-"mente á la armonía y amistad que siempre han rei-"nado hasta hoy entre los Estados Unidos y la Fran-"cia.* Los Estados Unidos se contentan con exponer "á la Francia las exigencias de una situación em-"barazosa para México, y expresar la esperanza de "que encontrará algún medio, compatible á la vez "con su interés y su dignidad, y con los principios "y el interés de los Estados Unidos, *para resolver* "*sin demora esta perjudicial situación.*

"Nos atenemos á nuestro juicio, que la guerra "de que se trata se ha convertido en una guerra "política entre la Francia y la República de Méxi-"co, perjudicial y peligrosa para los Estados Unidos "y para la causa republicana, y solo bajo este as-"pecto y con este carácter *pedimos su terminación.*

"Vemos que el Emperador nos ha anunciado "su intención inmediata de hacer cesar el servicio "de sus tropas en México, llamándolas á Francia, "y limitándose fielmente, *sin ninguna estipulación ni "condición de nuestra parte,* al principio de no inter- "vención, sobre el cual estará en lo de adelante de "acuerdo con los Estados Unidos.

....

"Agregaré á estas explicaciones que, en opi- "nión del Presidente, la Francia ☞ *no puede re- "tardar un solo instante la retirada prometida de sus "fuerzas militares de México.* ☜

....

"Exceptuando el punto hacia el cual no ha "dejado de concentrarse nuestra atención, á saber, "que terminen las dificultades que tenemos en Mé- "xico sin que se interrumpan nuestras relaciones con "la Francia, quedarémos complacidos cuando el "Emperador nos dé, ya por vuestro estimable con- "ducto, ya por cualquiera otro, *el aviso definitivo de "la época en la que se podrá contar que terminarán "las operaciones* militares de la Francia en México."

W. H. Seward.

Esta nota, de estilo tan insólito en las relaciones diplomáticas, no era más que la revancha de la altivez con que Drouyn de Lhuys recibió á Mr. Dayton, el representante de América en Francia, cuando se presentó, en Abril de 1864, ante la corte de las Tullerías á comunicarle la resolución del Con-

greso americano que había votado por unanimidad su protesta contra el establecimiento de una monarquía en México.

Por única contestación dijo entonces el Ministro de Napoleón al representante de los Estados Unidos esta sarcástica frase: ¿Nos traeis la paz ó la guerra?"

Es que entonces parecía triunfar la causa del Sur por las victorias que alcanzaban los confederados sobre las tropas de la Unión.

Pero en 1866 la Unión, triunfante, volvía á la Francia el reto que antes no pudo aceptar y le llevaba un ultimatum que importaba una próxima declaración de guerra.

El efecto de la nota anterior, de la que tomamos los puntos que conjugan con nuestro predicado, fué fulminante. Además de las instrucciones que el barón Saillard llevaba para Bazaine, el Ministro Drouyn de Lhuys envió dos notas á Dans, ministro de Napoleón cerca de Maximiliano, notas que por no ser conocidas en México y por su originalidad merecen referirse.

Con fecha 14 de Enero de 1866 decía Drouyn de Lhuys á Dans "que no podía continuar la situa-"ción en que la Francia se encontraba en México, "y que las circunstancias obligaban al Emperador "á tomar una resolución definitiva, puesto que la "Corte de México, apesar de la rectitud de sus in-

"tenciones, se encontraba en la imposibilidad reco-
"nocida de cumplir en lo sucesivo con las condicio-
"nes de Miramar."

El conde E. de Kératry, secretario que fué de Bazaine, en la obra que en defensa de éste escribió dice, comentando las frases anteriores, "que puesta "por Drouyn de Lhuys la cuestión en esos términos, "se arrojaba injustamente sobre Maximiliano toda "la responsabilidad de la evacuación francesa, *sin "hacerle saber que el negocio mexicano se convertía en "americano.*"

El final de la nota dirigida á M. Dano merece reproducirse.

"París, 14 de Enero de 1865.

"A M. Dano, Ministro de Francia en México.

....

"Es necesario, pues que nuestra ocupación "tenga un término, y debemos prepararnos á ello "sin demora. El Emperador os encarga, Señor, que "lo fijéis de concierto con su augusto aliado, des-"pués de que una leal discusión, en la cual tomará "parte, naturalmente, el mariscal Bazaine, haya "determinado los medios de garantizar, tanto cuanto "sea posible, los intereses del gobierno mexicano, "la seguridad de nuestros créditos y las reclamacio-"nes de nuestros nacionales. S. M. desea que la "evacuación comience hacia el *próximo otoño.*

"Deberéis, Señor, dar lectura de este despacho "á S. E. el Sr. Ministro de relaciones exteriores y "dejarle copia de él. Encargo al Sr. Barón Seillard

"que agregue verbalmente las explicaciones necesa-
"rias, y que me dé cuenta, en un plazo breve, con la
"respuesta, en la cual me hagais saber los arreglos
"definitivos que se hayan hecho."

DROUYN DE LHUYS.

La segunda nota, de 15 de Enero de 1866, era visible, más aun, irritante. En ella se afirmaba que Napoleón se creía dispensado de cumplir las obligaciones que contrajo por el tratado de Miramar, puesto que México no había llenado las suyas y no podía pagar ya á las tropas francesas por estar agotado su tesoro.

El gobierno francés fingía olvidar que cuanto produjeron los empréstitos mexicanos, su mayor parte al menos, se empleó en saldar los créditos franceses, entre ellos el infame y leonino de Jecker. De esos enormes empréstitos Maximiliano recibió cuarenta millones de francos para el llamado tesoro imperial, y ocho millones que se le dieron al aceptar la corona, para pagar sus innumerables deudas personales.

En Mayo de 1866 Maximiliano debía, solo de las obligaciones que le impuso el tratado de Miramar, cuatrocientos mil francos.

Hemos entrado en estos detalles, que parecen extraños al punto que deseamos demostrar, porque ellos revelan cómo Napoleón III, aterrorizado con la expectativa de una guerra con los Estados Unidos, se apresuró á desligarse del imperio que fundó en México, abandonándolo á su suerte, y haciendo

recaer sobre Maximiliano la responsabilidad de la retirada de las tropas francesas.

Y para delinear en sus rasgos más salientes la pérfida política de Napoleón insertamos el originalísimo final del citado despacho:

"París, 15 de Enero de 1866.

"A M. Dano, Ministro de Francia en México.

....

"Esta situación me obliga á preguntarme si "el interés bien comprendido del emperador Maxi-"miliano no está en esto de acuerdo con las necesi-"dades que *nos vemos obligados á obedecer.* De todos "los reproches que se escuchan entre los disidentes "del interior y del exterior, *el más peligroso para un "gobierno que se establece es, sin duda, el de no estar "sostenido sino por tropas extranjeras.* Cierto es que "el sufragio á favor de Maximiliano ha contestado "á esa imputación: sin embargo, subsiste semejan-"te acusación, y se comprende cuán útil sería á la "causa del imperio *quitar esa arma á sus adversa-"rios.*

"Cuando estas diversas consideraciones nos "obligan á pensar en el término de nuestra ocupa-"ción militar, el gobierno del Emperador, en *su so-"licitud por la obra gloriosa cuya iniciativa tomó,* y "en sus simpatías por el emperador Maximiliano, "debía darse una cuenta exacta de la situación "financiera de México. *Esta situación es grave, pero "no desesperada.* Con energía y valor, con una vo-"luntad firme y sostenida, el imperio mexicano pue-

"de triunfar de las dificultades que encuentre en su "camino; pero el éxito solo puede obtenerse á ese "precio. Esta es la convicción que hemos adquiri- "do con el exámen atento y concienzudo de sus "obligaciones y de sus recursos, y así os esforzaréis "en comunicarla al emperador Maximiliano y á su "gobierno."

DROUYN DE LHUYS.

Al leer los anteriores fragmentos de la nota del Ministro de Relaciones francés, no se sabe qué admirar más, si la insidia con que pretendía exculpar el gobierno imperial la retirada de sus fuerzas, ocultando que lo hacía bajo la presión de los Estados Unidos, ó el cinismo, (no encontramos otro nombre) con que se quiere presentar esa deserción como un acto favorable á Maximiliano, al que se dejaba desarmado frente á la poderosa insurrección mexicana.

Según Napoleón III, *"el reproche más peligroso "que puede hacerse á un gobierno que se funda, es el "de estar sostenido únicamente por tropas extranje- "ras."* ¡Y esto decía quien había enviado cincuenta mil soldados franceses á fundar el imperio de Maximiliano!

El miedo al yankee había nublado la razón del emperador de Francia y hasta el pudor había suprimido en su política.

Seduce el intento de contar aquí la irritación y sorpresa que causó en Maximiliano la nota en que se le comunicaba que en los primeros meses de 1866 comenzaría la salida del ejército francés, contra lo pactado en Miramar; pero esto nos alejaría del programa propuesto.

Y como no escribimos la historia del llamado imperio, no podemos narrar la série de intrigas forjadas por Napoleón para velar su defección, haciendo aparecer á Maximiliano como culpable de faltar á los tratados, á fin de que no se supiera que los Estados Unidos eran los que lo arrojaban de México.

Nos limitamos, por tanto, á seguir paso á paso la marcha inflexible del gobierno americano que espiaba cada acto del gobierno francés, para exigirle cumpliera la oferta hecha de sacar sus tropas de México en el próximo otoño.

Sigámos adelante.

Maximiliano, soñador y optimista por carácter, no comprendió que el golpe que lo derrumbaba venía del Norte de América, y creía, en su ceguedad, que intrigas de corte habían predispuesto contra él á Napoleón. Para modificar el ánimo de éste y alcanzar se aplazara la evacuación, envió á París, en misión extraordinaria, á Almonte.

Repuesto de su primera sorpresa, pensó en organizar su ejército y aumentarlo hasta donde fuera posible, ya creando cuerpos de *cazadores* con cuadros franceses, ya abriendo enganches de austriacos en Viena.

Pero el gobierno americano todo lo preveía, y vigilaba los actos de la política francesa, hasta contar hombre por hombre los remplazos que se enviaban al ejército ocupante de México.

Y como nos hemos propuesto no formular un aserto sin demostrarlo con el justificante respectivo, tenemos que insertar aquí la nota que dirigió M. Bigelow, Ministro americano en París, á su gobierno por haberle prevenido éste que pidiese explicaciones al gabinete de las Tullerías sobre movimientos de tropas que se decía estaban destinadas á México.

Este documento es como sigue.

"París, 4 de Junio de 1866.

"A M. Seward, sub-secretario de Estado en Washington.

"Señor.

"El domingo último fuí á la casa de S. E. el "Ministro de relaciones extranjeras, para conferen-"ciar con él sobre el objeto indicado en vuestras "instrucciones, marcadas como *confidenciales*. Nada "nuevo he tenido que exponerle, porque ya le había "informado sobre el contenido de este despacho el "ministro francés residente en Washington.

... ...

"Después he hecho presente que el objeto de "vuestras instrucciones, como yo las comprendo, "será sin duda obtener una explicación, que proba-"blemente á vos mismo os pedirán, con relación al "embarque en Francia de tropas numerosas para

"México, después de haber anunciado oficialmente "la intención de retirar todo el ejército.

"A esto me contestó S. E. que, desde la última "vez que nos vimos, no ha recibido de sus colegas, "los Ministros de Guerra y de Marina, la noticia "de que se hubieran enviado á México, en este año, "ningunas tropas pertenecientes al cuerpo expedi-"cionario, sino el número preciso de reemplazos, "pero sin aumentar en manera alguna el efectivo. "El embarque de tropas mencionado en los perió-"dicos y en vuestro despacho es, probablemente, "el que tuvo lugar en el *Rhône* hacia principios "del año. Este buque ha tocado la Martinica y no "Saint-Thomas como se ha dicho. Llevaba á bor-"do novecientos diez y seis soldados, y no mil dos-"cientos; pertenecían á la legión extranjera y no al "cuerpo expedicionario.

"Estos soldados habían esperado mucho tiem-"po su transporte en Francia y en Argel, antes de "ir á incorporarse á sus regimientos. Ningún nue-"vo enganche se ha hecho para la legión extran-"jera, desde que el emperador anunció su intención "de retirar su bandera de México, y no se sabe que "se trate de hacer nuevos enganches.

"En cuanto á lo que concierne al embarque "de tropas reclutadas en Austria, S. E. me ha di-"cho que éste es un negocio entre el gobierno aus-"triaco y los mexicanos, y que la Francia nada tie-"ne que ver en ello. Desde que le he significado "el hecho ha ratificado sus convicciones sobre este "objeto, dirigiendo un despacho á los Ministros de

"la Guerra y de la Marina, los cuales le han ex-"puesto que ninguna especie de liga hay ni para "enganchar, ni para transportar tropas de Austria "á México.

"Después me ha declarado que la intención "del gobierno francés es retirar todo su ejército de "México lo más tarde en el plazo marcado en la "nota que os dirigió, y más pronto aún si la tem-"peratura y otras consideraciones lo permiten, y "que no tiene intención de reemplazar este ejér-"cito con ninguna otra tropa, cualquiera que sea "su origen.

"Al terminar esta larga conversación, *cuyo im-"portante resultado os he hecho conocer ya,* he expre-"sado al Ministro la satisfacción que me causaban "sus explicaciones, y el placer que tendría al co-"municarlas á mi gobierno.

"Esta nota ha sido presentada á M. Drouyn "de Lhuys, quien ha aprobado el relato de nues-"tra conversación que ella contiene."

John Bigelow.

Y nosotros hemos reproducido tan extenso documento porque con él se mide el grado á que llegó la altanera presión del gobierno americano y hasta donde bajó la dignidad de Napoleón, que sufría humillado ese incesante registro de sus actos más insignificantes.

Mas como en la nota que acaba de leerse se menciona el enganche de soldados austriacos proyectado por Maximiliano para aumentar sus tro-

pas, cierto ya de que el ejército francés desertaba de su servicio, nos vemos obligados á contar, aunque sea rápidamente ese hecho, en el que se palpó también el respetuoso miedo que la Unión victoriosa inspiraba ya en Europa.

A pesar de las terminantes declaraciones de su Ministro, Napoleón no era sincero al protestar que retiraba todo su apoyo á Maximiliano: cohibido por los Estados Unidos apelaba al arma de los pérfidos, á la mentira, y el hombre de 1866, apocado ante el gabinete de Washington, revelaba ya al hombre de Sedan, en 1870, frente á Guillermo de Prusia.

Cuando Napoleón pidió el largo plazo de año y medio para desocupar á México, plazo que le acortó el gobierno americano, pensaba aprovechar ese tiempo en formar un ejército á Maximiliano, capáz de resistir á los republicanos y salvar á éste de un desastre del que la Europa lo haría responsable.

En este sentido dió sus instrucciones á Bazaine, quien colaboró á la formación de los cuerpos franco-mexicanos de cazadores, y de la legión extranjera.

Se procuró además aumentar la legión austrobelga, para lo que se abrieron enganches en Viena.

El gobierno de Washington desbarató de un soplo todos estos proyectos.

Al punto que se supo en la Casa Blanca que se reclutaban voluntarios austriacos por cuenta de Maximiliano, Mr. Seward previno á Mr. Motley, ministro americano en Viena, que pusiese en conocimiento del gobierno austriaco que los Estados Unidos no podían ver con indiferencia un acto encaminado á conducir al Austria á una liga con los invasores de México, para destruir las instituciones republicanas y fundar un imperio extranjero.

La nota que contenía esta primera advertencia estaba fechada el 19 de Marzo de 1866, y á ella siguieron otras más explícitas y conminatorias del 6 y 16 de Abril.

En la del 6 se decía al gobierno austriaco que, "en caso de que se pusieran en práctica actos hos-"tiles contra México por súbditos austriacos, *bajo "la dirección, ó con la sanción del gobierno de Viena*, "los Estados Unidos se juzgarían en libertad para "considerarlos como constitutivos de un estado de "guerra por parte del Austria contra la República "de México; y que respecto de esta guerra, hecha "en la actualidad y bajo las presentes circunstan-"cias, *no podían comprometerse los Estados Unidos "á permanecer espectadores mudos ó neutrales.*"

La altiva casa de los Hapsburgos no era mejor tratada que Napoleón III: y prueba de ello es la siguiente nota de Seward, de 16 de Abril, en la que el Ministro americano precisaba enérgicamente la actitud que había resuelto tomar el gobierno de Washington en los asuntos de México, "*para conoci-*

"*miento del Austria y de todas las demás potencias á*
"*quienes pudiera interesar directamente.*"

La República del Norte hacía pues de la cuestión de México una cuestión continental, y al proclamar la inviolabilidad del continente americano, retaba á la Europa entera.

Curioso es el siguiente fragmento de la citada nota:

"Los Estados Unidos, por motivos que les pa-
"recen justos, y que tienen sus fundamentos en las
"leyes de las naciones, sostienen que *el gobierno na-*
"*cional republicano*, con el que están en relaciones
"amistosas, *es el único gobierno legítimo que existe*
"*en México*; que durante un período de varios años
"el gobierno de Francia ha hecho la guerra á esa
"república, guerra que comenzó ocultando todos
"los designios políticos ó dinásticos que asumió
"después, y que ahora tiene claramente el carácter
"de una intervención europea para destruir aquel
"gobierno nacional republicano, y para levantar
"sobre sus ruinas un despotismo europeo, imperial
"y militar, por medio de la fuerza armada.

"Los Estados Unidos, en vista del carácter de
"sus instituciones políticas, de su contigüedad é ín-
"timas relaciones con México, y de su justa influen-
"cia en los asuntos políticos del continente ameri-
"cano, no pueden consentir en la ejecución de aquel
"proyecto por los medios mencionados. En conse-
"cuencia, los Estados Unidos se han dirigido, opor-
"tunamente á su entender, al gobierno de Francia y
"han solicitado que sus fuerzas militares, empeña-

"das en esa censurable invasión política, desistan "de una intervención ulterior y sean retiradas de 'México................ ....

....

"Hará Ud., por tanto, entender al gobierno de "Viena que los Estados Unidos estarán no menos "opuestos, en lo sucesivo, á la intervención militar "de Austria en México por objetos políticos, de lo "que están á una intervención ulterior del mismo "carácter que intentara Francia en aquel país. Y, "por último, que se consideraría como negocio de "grave entidad el envio de tropas á México, mien- "tras estuviera pendiente el punto sometido á la "consideración del gobierno austriaco."

A este formidable últimatum, el conde de Mensdorjf, Ministro de la casa imperial y de relaciones exteriores de Austria contestó, con fecha 20 de Mayo de 1866, "que repetidas ocasiones había "dado explicaciones verbales al enviado de los Es- "tados Unidos acerca de la naturaleza y extensión "de los enganches de voluntarios austriacos para "el servicio militar de México, enganches que solo "han tenido lugar en una escala muy limitada, así "en cuanto al número, como en cuanto al período "de alistamiento.

"Las explicaciones mencionadas tenían por ob- "jeto disipar cualquiera duda que hubiera podido "suscitarse en el ánimo del gobierno de los Estados "Unidos respecto de las intenciones del Austria en "el particular; pero como el gobierno de los Estados "Unidos no había quedado enteramente tranquili-

"zado; como se consideraba obligado á ver en los alis-"tamientos mencionados el ejercicio de una influen-"cia por parte del Austria en los negocios interiores "de México, *que llegaría á ser motivo para que los "Estados Unidos saliesen de la actitud neutral que han "conservado hasta aquí respecto de esos negocios*; y co-"mo el ejercicio de tal influencia sería considerado "por el gobierno y por la opinión de los Estados Uni-"dos como un procedimiento hostíl á ellos, *lo cual "sería enteramente opuesto á las intenciones del gobierno "imperial, el órgano de este declara que*, sin convenir "en todas las observaciones del gabinete de Washing-"ton, *ha tomado las medidas necesarias para impedir "la salida de los voluntarios últimamente alistados pa-"ra México........*"

En efecto, cesaron los enganches, y no vinieron voluntarios austriacos á sustituir á las tropas francesas prontas ya á retirarse.

¡Cuán egoista es el interés político que subyuga las leyes del honor y rompe hasta los lazos de la sangre! El emperador de Austria abandonaba á su hermano á una pérdida segura, por temor de crearse graves complicaciones con la altiva República del Norte.

Al saber Maximiliano que no contaba ya con refuerzos austriacos, sintió que su efímero imperio se hundía, á la vez que otro golpe más grave vino á arrancarle su última esperanza.

La misión de Almonte, había fracasado cuando Maximiliano y Carlota tenían tanta fé en ella.

Almonte fué á pedir á Napoleón que permaneciese el ejército francés más allá del término prefija-

do para su retirada, y que se hiciese al llamado imperio mexicano un nuevo empréstito, por estar agotado su tesoro: candor infantíl del archiduque, sólo explicable por ignorar Maximiliano que Napoleón retiraba sus tropas únicamente porque sentía tronar á sus espaldas el látigo yankee. Sus quejas contra su protegido, infundadas como eran, solo servían para ocultar sus cobardes compromisos con el gabinete de Washington.

Esa pérfida política inspiró la nota del 31 de Mayo de 1866, en la que el Ministro de Relaciones de Napoleón, á nombre de éste, rechazaba las proposiciones de Almonte. Y después de acusar falsamente á Maximiliano de que no había cumplido con el tratado de Miramar, le manifestaba que si firmaba una nueva convención cediendo á la Francia la mitad de los productos de las aduanas de Tampico y Veracruz, es decir los únicos recursos con que contaba aquel exótico imperio, el ejército francés permanecería en México durante los plazos fijados ....

Es preciso recordar que esos plazos eran los que había otorgado el gobierno de Washington á Napoleón para que salieran sus tropas de México.

Pero agregaba la nota: "Si S. M. el emperador "de México no acepta nuestras proposiciones no "debemos disimular que, considerándonos en lo de "adelante libres de todo compromiso, y firmemente "resueltos á no prolongar la ocupación de México, "*prescribiremos al Mariscal Bazaine que proceda con* "*toda diligencia á retirar el ejército,* no teniendo en

"cuenta sino las conveniencias militares y las con-
"sideraciones técnicas de que él será el único juez."

Esa indigna nota terminaba con una burla incalificable, diciendo á Maximiliano que *la tutela extranjera es una mala escuela* y una fuente de peligros, pues en el interior habitúa á no contar consigo mismo y paraliza la acción nacional, á la vez que en el exterior (los Estados Unidos sin duda) suscita desconfianzas y despierta susceptibilidades.

Y concluía asegurando que en el interior, lo mismo que en el exterior, los ataques dirigidos contra las instituciones imperiales que el país se había dado se debilitarían gradualmente *cuando México se defendiera solo.*

Cuenta Kératry que esta nota llenó de estupor á la corte de México, tanto más cuanto que el tesoro mexicano se había agotado por hacer frente á los compromisos contraidos con la Francia, y llegaba cuando Maximiliano concentraba todos sus esfuerzos en satisfacer las condiciones del tratado de Miramar.

Existía además un tratado secreto según el cual las tropas francesas debían permanecer en México hasta fines de 1868: sin esto Maximiliano aseguraba que no hubiera admitido la corona.

Maximiliano, lleno de despecho, tomó la pluma para firmar su abdicación; pero Carlota detuvo su mano, y quiso partir ella misma á Francia para exigir de Napoleón que siguiera sosteniendo

aquel trono que había sido su eterna ambición y á donde arrastró á su marido.

Faltaba dinero para los gastos del viaje y se tomaron 60,000 pesos del fondo del desagüe, y así pudo partir Carlota en el vapor de la Compañía trasatlántica *Empèratriz Eugenia;* desembarcando en el puerto de Saint Nazaire el 8 de Agosto de 1866.

No podemos narrar, y esta omisión nos apena, los episodios de aquella embajada, en la que la hija del rey Leopoldo tuvo que forzar la puerta del gabinete del reacio emperador de los franceses para que éste la recibiera, ni la conferencia tormentosa en la que Carlota vió desvanecerse sus ilusiones y sus esperanzas ante la frialdad con que Napoleón, oyendo siempre murmurar en su oído las amenazas de Seward, declaró que en nada podía modificar la resolución dictada, que la Francia no ministraría un peso más y retiraría su ejército en los plazos designados.

Solamente diremos que Carlota lanzó tremendas inculpaciones al menguado emperador, salió del palacio de Saint Cloud con los primeros arrebatos de la locura y marchó presurosamente á Roma. Penetró al Vaticano buscando apoyo en Pio IX, sin notar que la blanca sotana del Papa estaba salpicada con la sangre de los mexicanos sacrificados por la reacción católica. De allí salió sin consuelo y perdida la razón.

Pero, siguiendo el programa trazado, debemos consignar que los Estados Unidos ni por un mo-

mento habían descuidado el viaje de Carlota, vigilando las gestiones de ésta y los cambios que pudieran causar en la política francesa.

M. John Hay, encargado de negocios *ad interim* en París, escribia á M. Seward lo siguiente:

Paris, Agosto 10 de 1866.

Señor:

"Recientemente han aparecido en los periódi-"cos de Paris algunos párrafos anunciando la sali-"da de México *de la mujer de Maximiliano.* Estas "noticias, naturalmente, han dado lugar á aprecia-"ciones en general desfavorables á la causa impe-"rial en México. Para poner término á estas refle-"xiones injuriosas, el MEMORIAL y el PAIS han des-"mentido estos rumores..... ....

"Ayer, con gran confusión de estos amigos tan "empeñados en lo que afirmaban, y tan llenos de "indignación, la *Señora en cuestión* ha llegado á Pa-"ris, y se ha alojado en el Gran Hotel...............

....

Se han deducido las más fatales consecuencias "de esta visita, sobre todo para los que han especu-"lado fuertemente con el empréstito mexicano. Se "considera generalmente como el supremo y último "esfuerzo para obtener con la influencia personal los "socorros indispensables al imperio mexicano, que se "rehusaron á sus representantes diplomáticos acre-"ditados."

JOHN HAY.

No hay duda que esta nota diplomática es perfectamente incorrecta y despectiva hacia los que se llamaban emperadores de México; pero los americanos iban derecho á su objeto, y sin preocuparse de fórmulas corteses, espiaban todos los incidentes de la cuestión mexicana y el giro que imprimian á la política francesa.

He aquí por qué siete dias después el Encargado de negocios *ad interim* daba cuenta á su gobierno del resultado que tuvieron las gestiones de Carlota en la corte de Saint-Cloud:

"Paris, 17 de Agosto de 1866.

"Señor:

"Por consejo de M. Bigelow, que ha ido á Ems "por algunos dias con su familia, he ido ayer al "Ministerio de relaciones. He hablado con S. E. "sobre las noticias que generalmente circulaban "con motivo de la presencia de la emperatriz Car-"lota en Francia.

"Estas noticias anunciaban que la permanen-"cia de Maxiliano en México dependía de una mo-"dificación en las resoluciones adoptadas por el go-"bierno francés, y anunciadas en las comunicacio-"nes recientes de S. E. al marqués de Montholon "y á M. Bigelow. Algunos periódicos aun daban á "entender que la princesa había llegado á alcanzar "algún cambio en este programa.

"Pregunté al Ministro si se había hecho ó de-"bía hacerse alguna modificación de este género á

"la política imperial respecto á México: M. Drouyn "de Lhuys contestó "*que no había habido modifica-* "*ción alguna en la política del emperador, ni la habría,* "*y que haría el gobierno francés lo que había dicho* "*que era su intención hacer.* "*Naturalmente, agregó,* "*hemos recibido á la emperatríz con cortesía y cordia-* "*lidad; pero el plan decidido anteriormente por el go-* "*bierno y el emperador se ejecutará.*

JOHN HAY."

Maximiliano, al saber la ruda repulsa dada por Napoleón á Carlota, perdió su última esperanza de contar por más tiempo con el apoyo de las bayonetas francesas y á la vez el poco criterio político que le quedaba, y se lanzó á los actos más desacertados.

Cuando la ola de la insurrección se desbordaba formidablemente por todas partes, conforme las tropas francesas iban concentrándose para efectuar su retirada, Maximiliano creyó salvarse adoptando una política enteramente reaccionaria, echándose en brazos de los conservadores más recalcitrantes, apesar de que los despreciaba profundamente y los llamaba *cangrejos y pelucones* en su correspondencia íntima.

Desde fines de 1865 había estado haciendo incesantes cambios de Ministros, porque ninguno le satisfacía. Es que no encontraba un gabinete, ni podía encontrarlo, que le diera lo que nunca había tenido, una opinión pública favorable, que desbaratara la insurgencia nacional cada vez más enérgica é invencible, que enriqueciera el tesoro imperial exhausto por sus enormes gastos y sus mez-

quinas entradas, y, en suma, que salvara de la disolución aquel imperio no viable.

Los antiguos Ministros, Don Fernando Ramírez, Don J. M. Esteva, Don Juan Peza, Don Luis Robles y Don Francisco Artigas, fueron sustituidos por Arroyo, Salazar Ilarregui, García y Somera, refundiéndose el ministerio de Estado en el de Gobernación y el de Instrucción pública y cultos en el de Justicia. Lacunza fué nombrado Presidente del Consejo de Estado, encargándose del ramo de Hacienda.

Algunos meses después, hubo nueva crisis que obligó á salir á Lacunza, Somera y García, hasta que á fines de Agosto de 1866 formó Maximiliano un ministerio del todo ultramontano, en el que figuraban Lares, Marín, Campos y el general Tavera: la cartera de Guerra se confió á Osmont, jefe del Estado Mayor general francés, y la de Hacienda á Friant, intendente en jefe del ejército intervencionista.

¿Creía Maximiliano, con estos dos nombramientos, empeñar de nuevo la bandera francesa en su causa?

El padre Fischer fué nombrado jefe de gabinete imperial. Este clérigo fué el Mefistófeles que se apoderó del alma del iluso príncipe y lo arrastró por una senda de errores y desaciertos, arrojándolo en brazos del clericalismo, hasta llevarlo al patíbulo del cerro de las Campanas.

Pero no era Fischer el Mefistófeles esbelto, seductor y elegante de Goethe, sino un clérigo gigan-

tesco, basto como un elefante, concupiscente y gastrónomo como un emperador romano y pérfido en las aplicaciones de su notable talento.

¿Cómo pudo Maximiliano, católico ferviente, entregarse á aquel clérigo tan enteramente desprovisto de todo criterio moral?

Maximiliano sabía que Fischer, de origen alemán, era un antiguo luterano convertido por interés al catolicismo. En una partida de colonos vino á Tejas en 1845, y no medrando como agricultor se hizo primero pasante de abogado, y después marchó como gambucino á buscar oro á California.

Tampoco logró hacer fortuna en los placeres californianos. Vino á la capital, abjuró del protestantismo, se ordenó de clérigo, y protegido altamente como converso, llegó á ser secretario del Obispo de Durango.

Pero la sotana no ahogó los apetitos carnales que le imponía su hercúleo organismo, y dió tal vuelo á sus costumbres disolutas que fué con escándalo arrojado del palacio episcopal, y tuvo que salir de Durango, dejando allí dispersa y abandonada una numerosa prole de diversa procedencia uterina.

Fugitivo, llegó á Parras y allí lo recogió Suarez Navarro, gran personaje del imperio, quién lo recomendó y presentó á Maximiliano.

Seducido éste por la insinuante sutileza de Fischer, lo envió á Roma con una misión diplomática, aspirante á conseguir que el Papa medioeval Pío IX concordara con la Reforma de Juarez, respetada por Maximiliano.

Pero este intento era tan absurdo, como creer que tendría influencia en el jefe de la Iglesia, quién tantos escándalos causó en ésta.

Había llegado hasta el Vaticano la historia íntima del exprotestante, en la actualidad clérigo mormón y católico; y Fischer no fué recibido. Tornó á México gozando siempre de la ilimitada confianza de Maximiliano, y así pudo llevar á éste á ser el caudillo de la reacción antiliberal, estorbando más tarde su abdicación y empeñándolo en la guerra civil, donde dejó el archiduque su corona y su vida.

Obra, pues, de Fischer fué la formación del gabinete retrógrado y la entrada en él de Osmont y Friant, que desempeñaban tan altas funciones en el ejército francés.

El Mariscal Bazaine no podía abrogar los nombramientos de esos dos Ministros; pero sí los obligó á que optaran entre las carteras y el empleo que desempeñaban en el ejército expidicionario, porque el desempeño de ambos cargos era imposible.

Pero Maximiliano rogó con tal insistencia á Bazaine, pidiéndole que no obligara á Osmont y á Friant á renunciar sus carteras, que el Mariscal permitió la permanencia en ella de los dos oficiales generales.

Estos hechos pasaban en la primera quincena de Septiembre, cuando un mes antes, y á raíz de la entrada en los Ministerios de Osmont y Friant, acaecida el 26 de Julio, el gabinete de Washington, que

no perdía de vista la pólitica francesa, reclamó por aquel acto en la comunicación siguiente:

M. Seward al marqués de Montholon.

"Washington, 16 de Agosto de 1866.

"Señor:

"Tengo el honor de llamar vuestra atención so-"bre dos órdenes ó decretos que se dice haber expe-"dido el 26 de Julio último el príncipe Maximiliano, "*que pretende ser emperador de México.* En estas "órdenes declara haber confiado la dirección del de-"partamento de guerra al general Osmont, jefe del "Estado Mayor del cuerpo expedicionario francés y "la del departamento de hacienda á M. Friant, in-"tendente en jefe del mismo cuerpo.

"El Presidente cree necesario hacer saber al "Emperador de los franceses que el nombramiento "para un cargo administrativo de dichos oficiales "del cuerpo expidicionario francés, por el príncipe "Maximiliano, *es de tal naturaleza, que ataca las bue-"nas relaciones entre los Estados Unidos y Francia,* "porque el Congreso y el pueblo de los Estados Uni-"dos podrán ver en este hecho un indicio *incompa-"tible con el compromiso concluido de llamar de Méxi-"co al cuerpo expedicionario francés.*

William H. Seward."

Ante tan fulminante manifestación el gobierno francés declaró en el "Monitor" que no había autorizado á Osmont y á Friant para que aceptasen las carteras de Guerra y Hacienda. Se envió de las Tu-

llerías una desaprobación de esa ingerencia de los dos oficiales generales franceses en los negocios públicos de México, y éstos dimitieron sus altos cargos al lado de Maximiliano.

Los sucesos se precipitaban cada vez más ante la arrogante coacción que ejercía el gobierno americano sobre Napoleón, para obligarlo á destruir el imperio que había levantado en México; y Napoleón se apresuró á terminar su obra, deseando desligarse de la cuestión mexicana, sin que se agotara su paciencia en sufrir las humillantes indicaciones de Washington.

Entonces el Emperador de los franceses comenzó á conspirar, ya para arrancar una abdicación de Maximiliano, lo que haría su fiasco menos deshonroso, ya para encontrar una ocasión de retirar de una sola vez su ejército.

Maximiliano, creyendo contar con el apoyo armado de la Francia si se sometía á las ruinosas condiciones que se le impusieron por conducto de Almonte, firmó el nuevo pacto del 30 de Julio, por el que cedía á la Francia la mitad de los productos de las aduanas de Veracruz y Tampico, recibiendo en cambio la seguridad de que el ejército se retiraría en tres plazos largos, escalonados hasta Noviembre de 1867. ¡Un año de vida más para aquel imperio condenado á muerte! Mas las entrevistas entre Carlota y Napoleón tan acres y tan ofensivas para el Emperador francés, produjeron en el ánimo de éste

la resolución de llamar su ejército de una sola vez y en un solo plazo, violando la convención de Julio y aun las leyes del honor, que un soberano, más que nadie, está obligado á guardar.

Por otra parte, veía la impotencia de Maximiliano para afirmarse en el sólio que la Francia imperial le había levantado. Ni el archiduque tenía dotes serias de gobierno, ni el pequeño y desprestigiado partido que lo llamó al país podía resistir á la opinión pública cada vez más hostíl, ni á los republicanos que infatigables invadían hasta el centro del país, arrancando de los imperialistas las plazas que habían confiado á su defensa los franceses al reconcentrarse.

Sobre todo, los americanos le urgían para que pronto se efectuase la evacuación de México: Napoleón dió en tal virtud sus órdenes á Bazaine, á la vez que envió al general Castelneau, su ayudante de campo, á persuadir á Maximiliano que abdicase, y de no lograrlo, que hiciese salir, de golpe, el ejército francés.

A la vez el mariscal Bazaine recibía del Ministro de la guerra de Napoleón varias instrucciones, fechadas el 12 de Septiembre, una de las cuales decía:

.........“Agravándose la cuestión cada día más, “y privándonos la toma de Tampico por los repu-“blicanos de los productos de esa aduana, el empe-“rador se ha decidido á llamar en masa sus tropas, “anticipando la evacuación completa para la próxi-“ma primavera.

....

"Proteged nuestra bandera contra todo insulto, "y sostened, si es necesario, la preponderancia de "nuestras armas."

Y simultáneamente el gabinete de las Tullerías comunicaba al Ministro americano en París que Napoleón III había acordado efectuar la evacuación, designada para Noviembre, hasta la primavera próxima, no efectuándose en tres plazos, sino solo en uno.

M. Bigelow participó esta resolución á Washington, y recibió por contestación la siguiente nota, que revela el desdén y desconfianza con que veían los americanos al emperador de los franceses:

"Señor:

"La cuestión que me proponeis en vuestra úl"tima nota á saber. ¿que pensaría nuestro gobierno "de la retirada en maza de las tropas francesas en "el curso del año próximo, en lugar de que se efectúe "la evacuación en tres destacamentos en el espacio "de diez y ocho meses?—Nunca se me había pro"puesto directamente.

"Lo que tengo que decir acerca de esto es lo si"guiente: el arreglo propuesto por el emperador pa"ra retirar sus tropas en tres destacamentos, de los "cuales el primero saldría en Noviembre, corría el "peligro de ser olvidado en medio de la excitación "política que ha acompañado todas las cuestiones "mexicanas, aun antes de que comenzara su eje"cución.

"Incidentes frecuentes y de distintos géneros

"mencionados por la prensa de Francia y de Méxi-"co, y presentados como indicando de parte del em-"perador cierta disposición á no llenar este compro-"miso, han tenido por efecto inevitable *crear y* "*esparcir dudas sobre la sinceridad del emperador al* "*contraer ese compromiso, y acerca de su fidelidad pa-*"*ra cumplirlo.*

"Por lo mismo este departamento se ha visto "continuamente en la necesidad aparente de pro-"testar contra esos actos, que eran de tal naturale-"za que debilitaban la confianza del pueblo en es-"peranzas tan justas como bien definidas.

"El gobierno, por el contrario, espera con entera "confianza que el compromiso del emperador será "*literalmente cumplido*, y aun ha esperado que, fuera "de lo pactado, se llenará con una sinceridad tal de "intención, que *anticipará* en lugar de retardar la "salida de las tropas francesas de México.

"Sin embargo, aguardamos hoy el principio de "la evacuación. *Cuando esta operación se haya efec-*"*tuado, el gobierno escuchará gustoso las sugestiones, de* "*donde quiera que vengan, que tiendan á asegurar de* "*nuevo el restablecimiento de la paz, de la tranquilidad* "*y del gobierno constitucional indígena de México.*

"Pero hasta que nos sea permitido asegurarnos "de este principio de evacuación, toda tentativa de "negociación no tendrá más efecto que extraviar la "opinión pública en los Estados Unidos, y hacer la "situación de México más complicada.

"Es inutil informaros que las conjeturas á que "se entrega una parte de la prensa acerca de las

"pretendidas relaciones entre este departamento y "el general Santa-Ana carecen de fundamento.

W. H. SEWARD."

Inflexible continuaba siendo el gobierno americano con Napoleón y no había mengua á que no lo sometiera solo con el intento de humillarlo.

La nota anterior no solo es incorrecta sino injuriosa, pues en ella se dice del emperador con una rudeza exagerada que no se tiene fé en sus promesas, y que éstas no se escucharán ni se les dará crédito hasta que, en cumplimiento de lo ofrecido, saque de México el primer destacamento en Noviembre.

Y aun no acababa Napoleón de pasar bajo las horcas caudinas de la política americana, que se vengaba de la impudencia con que aquel había apoyado la insurrección suriana. El gabinete de Wasnigton, como adelante veremos, había de persistir hasta alcanzar que salieran de México la tropas francesas.

Para comprender la importancia de los sucesos posteriores y valorarlos en su radical trascendencia, tenemos que contemplar, brevemente siquiera, la crisis que envolvía al efímero imperio mexicano amenazando convertirlo en un montón de ruinas.

La insurrección republicana no solo había recorrido los estados fronterizos después de haber destruido la división de Mejía, lo que trajo la capitula-

ción de Matamoros y la de Tampico, después de haber hecho rendirse á la contra guerrilla francesa, sino que se desbordaba por Michoacan, por Oaxaca, por Veracruz y por el Nordeste, destrozando á los imperialistas y á las columnas austro-belgas. Aun el Sur del Distrito Federal estaba invadido por las guerrillas republicanas y las tropas nacionales de Guerrero penetraban hasta Cuernavaca.

El gobierno de Maximiliano estaba impotente para contener aquella avalancha, porque su tesoro casi del todo exhausto, contando solo con las entradas de Veracruz y los mezquinos recursos de la capital y algunas poblaciones centrales, no podía cubrir su lista civil y su presupuesto militar.

En una nota dirigida por Bazaine, con fecha 6 de Octubre de 1866 á Lares, aseguraba el mariscal que en el mes de Enero anterior el efectivo del ejército imperialista no francés ascendía á 43,520 soldados, comprendiendo en este efectivo veintidos batallones de infantería, inclusos los cazadores, la legión austro-belga y los auxiliares y guardias estables de las poblaciones sometidas aun al imperio.

Pero esas tropas siempre eran derrotadas por los republicanos, y además estaban abandonadas, careciendo de sus haberes hacía mucho tiempo.

En estas condiciones recibió Maximiliano, por la vía de los Estados Unidos, la noticia de que había fracasado la misión de la princesa Carlota en Saint-Cloud.

Este golpe, más la crisis financiera y las continuas derrotas de sus tropas lo hicieron pensar en

su retirada del país, haciendo sus preparativos de marcha con absoluta reserva.

El 14 de Octubre escribió confidencialmente al mariscal, indicándole que estaba próxima á volver Carlota y, deseando él recibirla personalmente, pensaba salir de la Capital para Veracruz; por lo que lo invitaba á que viniese á México, con el fin de ponerse de acuerdo sobre algunos puntos importantes y asegurar la tranquilidad del país.

Bazaine, que iba rumbo á Perote á libertar la legión austriaca que, después de ser derrotada en la sierra de Tulancingo, estaba sitiada en Perote, tornó rápidamente á México.

En el camino recibió otra carta de Maximiliano, fechada el 19 de Octubre, en la que le rogaba se tendiesen tropas desde la Capital hasta el puerto, para escoltar á Carlota. Pretexto pueril, pues Maximiliano sabía que su esposa no podía estar de regreso aun, puesto que llevaba otra misión para el Vaticano y debía además detenerse en Bruselas con motivo de la sucesión de su padre el rey Leopoldo.

Pero el versátil Maximiliano no recibió al mariscal cuado éste se presentó en Palacio, aplazando para más tarde la conferencia pedida.

En esos momentos desembarcaba el general Castelneau en Veracruz, con la misión de hacer abdicar á Maximiliano, nueva que fué al punto sabida por todas partes. Maximiliano, que ya había remitido á Veracruz sus bagages y los de su comitiva con los objetos más ricos de su casa, apresuró

los preparativos de su marcha para no encontrarse con el enviado de Napoleón.

Un nuevo golpe vino á herirlo; en un despacho telegráfico, remitido de los Estados Unidos, se le anunciaba que Carlota había sufrido un acceso de demencia. No vaciló ya, resuelto á abdicar; y á las 2 de la mañana del 21 Octubre de 1866, salió de México rumbo á Veracruz, escoltado por los gendarmes húngaros y tres escuadrones de húsares.

Por supuesto que lo acompañaba su alma condenada, el clérigo Fischer, que no quería soltar su presa.

Caminando á jornadas muy cortas y alojándose solamente en los curatos ó en las casas de los clérigos, llegó por fin Maximiliano á Orizaba, retirándose después á la hacienda inmediata de Jalapilla, arrastrado por Fischer, que desde entonces lo mantuvo incomunicado de toda influencia que no fuera la suya.

El antiguo luterano, agente de los reaccionarios, queria impedir la abdicación, que importaba la ruina de la monarquía, el triunfo de los liberales y la muerte del clericalismo.

El destino no dejaba de perseguir á Maximiliano, que recibió en Jalapilla la noticia de haber sido enteramente destrozada, el 18 de Octubre, una columna austriaca de 1,500 hombres que iba en auxilio del imperialista Oronoz, sitiado en Oaxaca, y que fué completamente batida por el Gral. Porfirio Díaz en la Carbonera. Y cuando sentía el dolor de este desastre, vino á agravarlo la persistencia con que el ministro de Francia en México, M. Dano,

exigía el cumplimiento de la conversión del 30 de Julio, según la cual debía entregarse á los comisarios franceses la mitad de los productos diarios de la aduana de Veracruz.

Napoleón III, á la vez que preparaba la retirada de sus tropas, que sostenían á Maximiliano, quitaba á éste los únicos recursos que le quedaban para pagar las demás tropas.

Agoviado por tantas angustias, conociendo perfectamente que la misión de Castelneau consistía en hacerlo abdicar, y de no lograrlo, retirar violentamente y en un solo plazo todo el cuerpo expidicionario, vaciló Maximiliano entre arrojar su mentida corona, ó conservarla á todo riesgo, antes que volver á la Austria humillado por el escandaloso fiasco de su imperio mexicano.

Una carta de Eloin, su consejero belga, fechada en Bruselas, lo hizo afirmarse en la idea de permanecer en su puesto, porque en ella su autor fustigaba el amor propio de Maximiliano, indicándole cuánto rebajaría su dignidad doblegarse á la pérfida política de Napoleón, partiendo de México entre los equipajes del ejército francés.

Hasta la emperatriz madre escribía de Viena á su hijo favorito Maximiliano diciéndole que *"se "dejara enterrar bajo los muros de México antes que "dejarse apocar por la política francesa."*

Bajo estas dos vigorosas sugestiones se encontraba anestesiado el ánimo del Archiduque, cuando otra más formidable, la influencia de Fischer, vino á resolver lo transitorio de aquella situación.

En la corte de las Tullerías, en el gabinete de Washington, en el ejército expedicionario, en el campo republicano, en todas partes en fin, se aguardaba con impaciencia la noticia de la abdicación, cuando con asombro universal apareció el 1º de Diciembre y fechado en Orizaba, un manifiesto de Maximiliano, dirigido á los mexicanos, en el que exponía que, opinando sus Consejos de Ministros y de Estado que exigía el bien de México su permanencia en el poder, había resuelto no abdicar ya, como había pensado hacerlo ante sus desgracias domésticas y circunstancias políticas de grave carácter.

Había triunfado la hábil intriga del clérigo Fischer que, envolviendo á Maximiliano en una atmosfera reaccionaria, y engañándolo con las falsas promesas, que le hacía el partido clerical, de ministrarle millones de pesos y millares de soldados, alcanzó que el iluso príncipe, convirtiéndose en jefe de banda, se lanzara á una guerra civil que lo llevaría á la cámara ardiente del convento de Capuchinas de Querétaro.

El 7 de Diciembre comunicó Castelneau á Napoleón III la resolución de no abdicar tomada por Maximiliano, noticia que exasperó al emperador, hostigado ya por las interminables comunicaciones del gobierno americano que le exigía comenzara ya la evacuación de México, según se había pactado.

Desde el 8 de Noviembre M. Bigelow había comunicado á M. Seward, que habiéndole informado el Ministro de Relaciones de Francia que el empe-

rador había resuelto retirar sus tropas de México en la primavera de 1867, pero que antes no llamaría á ningún cuerpo, decidió ver al emperador para tener de él las explicaciones convenientes.

Narraba además M. Bigelow en la misma nota que había ido á Saint-Cloud, y participando á Napoleón la conferencia que tuvo con Moustier, aquel le dijo ser cierto que la vuelta de las tropas se aplazaba hasta la primavera, pero que al obrar así era movido únicamente por consideraciones militares; y en suma, que si Maximiliano abdicaba, Castelneau haría embarcar todo el ejército en la primavera; pero si Maximiliano resolvía sostenerse solo, la Francia no retiraría sus tropas antes de lo que había estipulado Drouyn de Lhuys.

Estas aparentes evasivas indignaron tanto al gobierno americano, que M. Seward, con fecha 23 de Noviembre, contestó la nota de M. Bigelow del día 8, en una extensa comunicación de la que solo tomaremos, por su gran interés, los párrafos siguientes:

"Señor:

"Se ha recibido el despacho de 8 de Noviem-"bre, (número 384) relativo á México; vuestra con-"ducta en la entrevista con M. Moustier, y en vues-'tra entrevista con el emperador, ha sido completa-"mente aprobada.

"Decid á M. Moustier que nuestro gobierno se "ha admirado y afligido al saber, por lo que por pri-"mera vez se le ha anunciado, sin embargo, que el "embarque prometido de una parte de las tropas

"francesas que debía efectuarse en México en este "mes de Noviembre, ha sido diferido por el empera- "dor. El embarazo que resulta ha crecido considera- "blemente con la circunstancia *de que esta resolu- "ción del emperador se ha tomado sin ser consultada "con los Estadós Unidos, y aún sin haberles dado aviso.*

....

"Yo no estoy en el caso de decir, y aun por "ahora sería inútil entablar esa cuestión, si el Pre- "sidente hubiera podido ó no dar su aquiescencia "al retardo proyectado por el emperador en el caso "de que se le hubiera consultado oportunamente, "si esta proposición se hubiera apoyado, como se "apoya hoy en consideraciones puramente militares, "y *si hubiera sido caracterizada por las manifesta- "ciones comunes de deferencia hácia los intereses y sen- "timientos de los Estados Unidos.*

"Pero la decisión tomada por el emperador de "modificar el arreglo actual *sin la prévia aquiescen- "cia de los Estados Unidos*, dejando por hoy el ejér- "cito francés entero en México, en lugar de retirar "un destacamento en Noviembre, como se había "prometido, es de sentirse bajo todos aspectos.

"*No podemos conformarnos con ello:* primero, "porque el plazo de *la próxima primavera,* que se "fija para la completa evacuación *es indefinido y "vago*: segundo, porque nada nos autoriza para de- "clarar al Congreso y al pueblo americano que hoy "tengamos una garantía para la retirada en la prima- "vera de todo el cuerpo expedicionario, mejor que la "que hemos tenido hasta hoy para la retirada de

"una parte en Noviembre: tercero, porque contando "enteramente con la ejecución literal del acuerdo to- "mado entonces por el emperador, hemos dictado "medidas, en vista de la evacuación por las tropas "francesas, para concurrir con el gobierno republi- "cano de México á la pacificación de ese país, como "también al pronto y completo restablecimiento de "la verdadera autoridad constitucional de su go- "bierno.

"Como una de estas medidas, M. Campbell, nues- "tro ministro recientemente nombrado, en compa- "ñía del teniente general Sherman, ha sido enviado "á México á fin de conferenciar con el Presidente "Juarez sobre las cuestiones que interesan en alto "grado á los Estados Unidos y son de una vital im- "portancia para México.

"El emperador verá que ahora no podemos lla- "mar á M. Campbell, ni modificar las instrucciones "según las cuales puede tratar, y habrá tratado ya "con el gobierno republicano de México: este gobier- "no, sin duda, desea vivamente y espera con confian- "za *que termine pronto y definitivamente una ocupa- "ción extranjera.*

"*Direis, pues, al gobierno del emperador que "el Presidente desea y espera sinceramente que la "evacuación de México se cumpla conforme al arreglo "actual,* tanto cuanto lo permita la dilación inopor- "tuna de este despacho.

"Sobre este punto M. Campbell recibirá sus ins- "trucciones. ☞ *Tambien se enviarán instrucciones "á las fuerzas militares de los Estados Unidos puestas*

"*en observación y que aguardan órdenes del Presiden-*
"*te.* ☞ Esto se hará en la confianza de que el te-
"légrafo ó el correo nos traerán una resolución sa-
"tisfactoria del emperador en respuesta á esta nota.

....

W. H. Seward."

La fulminante amenaza que llevaba este documento azoró á Napoleón, aunque el *Moniteur*, en su boletín del 24 de Diciembre afirmaba que el gobierno nunca había tenido conocimiento de tal nota. Pero el hecho es que el cable trasmitió la siguiente orden:

"*El Emperador á Castelneau.*

"Compiégne, 13 de Diciembre de 1866.

"Embarcad la legión extranjera y á todos los "franceses soldados ó paisanos que quieran hacerlo, "y á las legiones austriaca y belga si lo piden."

El emperador francés, subyugado á la política americana, despechado por la no abdicación de Maximiliano, é impaciente por salir del atolladero de la cuestión mexicana, rompió sin pudor los compromisos que contrajo por el tratado de Miramar y por la convención del 30 de Julio, que lo obligaban á dejar en México la legión extranjera seis años después de que se hubieran retirado las tropas francesas.

Pero urgía á Napoleón III salir de aquella situación tanto más grave cuanto que *los cien mil hombres del ejército americano situados cerca de la fron-*

tera de México, esperaban órdenes del Presidente Johnson.

Prueba de ello es un nuevo cablegrama dirigido al enviado de Napoleón:

"París, 1º de Enero de 1867.

"*El Emperador á Castelneau.*

"Recibí despacho del 7 de Diciembre. No obli-
"gueis al emperador (Maximiliano) á que abdique;
"pero no retardeis la salida de las tropas. Embar-
"cad á todos los que no quieran quedarse."

La intervención francesa había concluido de hecho: Castelneau, cuya misión fracasó, partió para Francia, y Bazaine, cumpliendo con las órdenes de su soberano, apresuró la salida de las tropas expedicionarias.

Al terminar el mes de Enero el ejército francés en plena retirada, se tendía por todo el camino de México á Veracruz, y los cuerpos austriacos y belgas, escoltados por los franceses, se embarcaron primero, según lo había solicitado Maximiliano.

Todavía permaneció Bazaine con la reserva algún tiempo en la capital, aguardando escoltar á Maximiliano; pues esperaba que éste abdicara al comprender que el partido clerical era incapaz de dominar la insurrección contra la monarquía, cuando el ejército francés no pudo sofocarla.

El príncipe austriaco se fió en las ofertas del

clero y en las de los dos célebres jefes del clericalismo, Marquez y Miramón, que después de haber sido alejados del país, se presentaron súbitamente en Orizaba ofreciendo sus espadas y triunfos brillantes sobre los liberales.

Sin embargo, Miramón fué completamente derrotado en San Jacinto, en los primeros días de Febrero. Ese desastre no desanimó á Maximiliano, que en su optimismo esperaba con fatales elementos consolidar su trono.

Por fin, el 5 de Febrero de 1867, décimo aniversario de la promulgación de la Constitución de 57, se arrió la bandera francesa que la intervención había enarbolado en el cuartel general de Buenavista. Al día siguiente, marchó Bazaine con la reserva rumbo á Veracruz.

El mariscal se retiraba lentamente aguardando siempre que Maximiliano al sentirse impotente partiera con él; el 11 y el 12 se detuvo en Puebla, y el 14 fué cuando, al saber la derrota de Miramón, escribió desde su campamento á M. Dano, indicándole insistiera cerca de Maximiliano para que partiese á Europa; mas también esa tentativa fué inutil.

Casi todo el resto de Febrero permaneció Bazaine en Orizaba, hasta el 2 de Marzo que llegó á Veracruz, cuando no quedaba ya un solo soldado francés en tierra mexicana.

El pensamiento más grandioso de Napoleón III, como decían sus aduladores, se había desvane-

cido al soplo tormentoso de la política yankee que tan orgullosamente ha proclamado que América sólo es de los americanos.

¡Rara empresa la de Napoleón, de salvar la raza latina en el nuevo continente! Esta obra aparatosa la concebía el emperador, hijo bastardo de un holandés, del almirante Verhuel nada latino, y la confiaba á un germano, de la familia de los Hapsburgos. Y la raza latina (si es que somos latinos) se salvó de la intervención europea por sus propios esfuerzos y por el formidable empuje de la política americana.

Esta verdad la demuestran de una manera irrefutable los documentos que hemos publicado, pues por ellos se vé:

Que Napoleón resolvió intervenir en los asuntos de México, como lo pedían la emperatriz Eugenia y los emigrados mexicanos, cuando creyó disuelta la Unión americana y vencedores los del Sur, cuya causa había favorecido:

Que, á pesar de la tremenda guerra civil que asolaba á los Estados Unidos, el Congreso de la Unión y el gobierno de Washington protestaron contra la presencia del ejército francés en México y contra la fundación en este país de un imperio, y esto á raíz de la aceptación de Maximiliano:

Que apenas obtuvo la Unión sus primeros triunfos sobre los surianos, intimó á Napoleón que desocupara á México, por reclamarlo así el pueblo de los Estados Unidos:

Que Napoleón, á pesar de que su ejército había

ocupado casi todo el territorio mexicano, temeroso de empeñar á sus tropas en una guerra con el formidable ejército americano y hundir á la Francia en una campaña muy seria, lejana y peligrosa, resolvió abandonar á Maximiliano y ofreció retirar de México sus soldados en diez y ocho meses:

Que el gobierno americano, conocedor de la perfidia de Napoleón III, humilló á éste espiando uno por uno de sus actos, y exigiéndole sin cesar evacuara á México en los términos convenidos:

Que el gobierno de la Unión, inquebrantable en sus propósitos, interrogó al gobierno francés sobre el resultado de la misión de Carlota, y lo conminó para que desaprobara la entrada al gabinete de Maximiliano de Osmont y Friant:

Y, por último, que cuando la deslealtad de la política imperial provocó desavenencias entre Maximiliano y Napoleón, que hicieron que éste anticipara la salida de su ejército, los Estados Unidos precipitaron la evacuación definitiva, amenazando al emperador francés con los cien mil soldados americanos que acampaban cerca de la frontera mexicana. Entonces Napoleón sacó su ejército de una sola vez, antes de la primavera de 1867.

Esta es la verdad histórica, que en nada mengua los gigantescos esfuerzos del patriotismo mexicano al combatir sin descanso al ejército invasor, reputado en Europa como invencible, tan disciplinado, y con tanta superioridad sobre los nuestros en armamento y recursos de todo género.

Quizá el amor propio nacional se sorprende é

irrita al descubrir en las notas diplomáticas que hemos coleccionado que no sólo al empuje de las bayonetas mexicanas se retiraron los franceses, sino que desocuparon á México por no comprometer á la Francia en una guerra desigual con los Estados Unidos; pero ante la evidencia el honor exige tributar un homenaje á quien lo merece y la justicia dar á cada uno lo que es suyo.

México no necesita glorias mentidas: con las muchas que abrillantan su historia le basta, sobre todo con las que conquistó durante la intervención francesa y después de ella para derrocar al llamado imperio.

III.

Un fenómeno asáz curioso se presentó durante el período álgido de la guerra de la segunda independencia, y fué que ni el gobierno constitucional de México ni los mexicanos conocían la actitud asumida por los Estados Unidos frente á la Francia imperial,

Los hombres de Estado que permanecieron al lado del Sr. Juarez, con su alta inteligencia preveían, adivinaban casi que el gobierno de Washington, mientras estaba ocupado en dominar la sublevación del Sur, toleraba con cautela la hostilidad de Napoleón III contra la Unión y se limitaba á protestar contra la fundación de un imperio en México;

pero que tan pronto como triunfara el Norte, el gobierno de la Unión se pondría en pie para exigir el alejamiento del ejército expedicionario en México.

Aislado en la frontera el Ejecutivo, apenas tenía vagas noticias de lo que acontecía en el centro del país y en el extranjero: sólo nuestra legación en Washington conoció lo levantado de la opinión pública en los Estados Unidos condenando la intervención, y algo de la correspondencia cruzada entre el gabinete de la Casa Blanca y el de las Tullerías.

Pero la correspondencia íntima entre Seward y el Ministro de Relaciones de Napoleón permaneció en el secreto diplomático, porque se interesaban en ello ambos gobiernos. Hasta fines de 1866 la prensa americana publicó algunos extractos de dicha correspondencia comunicada por el gobierno al Congreso de los Estados Uunidos: y ya vimos que el *Moniteur*, periódico oficial de Napoleón, negó que la nota de Seward de 23 de Noviembre había llegado á conocimiento del gobierno francés.

Y si el Sr. Juarez y sus Ministros no estaban enterados, pormenorizadamente al menos, de la coacción que, desde la ocupación de Richmond, ejercían los Estados Unidos sobre el emperador francés, ordenándole que desocupara á México, los heróicos jefes y soldados que en todo el territorio mexicano luchaban contra el extranjero y los traidores, mucho menos podían saber lo que ocurría en la República del Norte y en Francia, cuando en aquella cruenta guerra todas las comunicaciones estaban interrumpidas y nuestros héroes, remontados en las sierras y

montañas, apenas podían ocupar algunas veces poblaciones lejanas, donde no había siquiera un imperfecto servicio postal.

Sólo cuando se desplomó el titulado imperio en un lago de sangre, y se restauró la república, se publicó la correspondencia diplomática, de la que hemos tomado las principales piezas. En ella se reveló al mundo que la constante amenaza de los Estados Unidos apresuró el fin de la intervención francesa.

Y reveló más: que México no la solicitó, que nuestros generales jamás contaron con ella, y sin ella pelearon como bravos, fatigando á los invasores, frecuentemente vencidos y en algunas ocasiones vencedores de los franceses, derrotando siempre á las columnas austriacas y belgas, y arrollando constantemente á los traidores.

¿Pero fué sola la coacción norte americana la que provocó la retirada del ejército intervencionista? Evidentemente no.

Si desde que aparecieron en las aguas de Veracruz las escuadras de la intervención no se hubiera puesto México en pie de guerra para rechazarla; si al romperse los convenios de la Soledad nuestro ejército no se hubiera aprestado á combatir al francés, derrotándolo el 5 de Mayo frente á Puebla; si los cuarenta mil hombres de Forey no se hubieran estrellado en los muros de la misma Puebla, ocupándola sólo cuando no había municiones con que defenderla; si, perdida la capital y las principales poblaciones, nuestros héroes no hubieran mantenido

por tres años la guerra de montaña primero, debelando después las ciudades ocupadas por los imperialistas .... en suma, si México hubiera reconocido el imperio sometiéndose al invasor, los Estados Unidos no hubieran podido protestar contra la intervención europea ni expulsar con su influencia del territorio mexicano al ejército de Napoleón III.

El triunfo diplomático fué pues de los Estados -Unidos, que con su formidable actitud obligaron á Napoleón á romper el tratado de Miramar, á violar la convención del 30 de Julio de 1866 y á embarcar presurosamente todo su ejército antes que comprometerlo con los cien mil americanos acampados en Tejas.

Pero la inmensa, la esplendente gloria de la lucha á mano armada toca sólo á México.

IV.

Esa lucha fué homérica y con su audacia asombró á Europa donde se creía irresistible al soldado francés, y mereció el aplauso unánime del continente americano entero, que veía con admiración y respeto erguirse frente á la poderosa Francia á la República Mexicana pobre, desarmada casi, minada por la traición, desgarrada por larga guerra civil y plagada de multitudes hostiles fanatizadas contra ella por un clero conspirador é infidente.

Ni los desastres militares, ni los largos años de

prueba, ni las defecciones, ni los desengaños rebajaron la entereza de los Poderes de la Nación ni de los jefes republicanos, que improvisaban soldados, tras de cada derrota creaban nuevas tropas, y las armaban con los fusiles que quitaban al enemigo y con cuerpos bizoños causaban al ejército invasor graves pérdidas, hasta hacer comprender á Napoleón que la completa pacificación de México era una empresa imposible.

El glorioso triunfo del 5 de Mayo de 1862 hizo retroceder al ejército invasor á Orizaba, donde permaneció encerrado casi un año, sin emprender nuevas expediciones y salvándose de ser destruido gracias á la imprevisión que trajo la derrota de parte del ejército del centro en las lomas del Borrego.

Con esfuerzos supremos reunía el gobierno de la República los contingentes que daban los Estados, bien reducidos sin duda, porque cada entidad federativa tenía que defenderse de las numerosas gavillas de traidores que el clero armaba en todo el territorio.

El ejército invasor recibió, por el contrario, numeroros refuerzos. En Octubre de 1862 Forey acampaba en Orizaba con 30,000 hombres que trajo de Francia, y allí permaneció hasta el 17 de Febrero de 1863 en que salió avanzando tan lentamente que casi un mes empleó para llegar á Puebla.

El 17 de Marzo el cañón del fuerte de Guadalupe anunció que el invasor estaba frente á Puebla. En efecto, Forey llegó con sus refuerzos y los 5,000 soldados de Lorencez; y contando con las gavillas

de traidores que á las órdenes de Marquez se habían unido á los franceses, el general francés sitió la ciudad con cuarenta mil soldados, cinco días después.

Cincuenta y seis días duró aquel memorable sitio, en el que corrió la sangre á torrentes, y que contó por cada ataque una victoria alcanzada por el ejército mexicano, sin que pudieran tomar un punto siquiera los franceses más que San Javier, que abandonaron los nuestros cuando era sólo un montón de ruinas.

El 17 de Mayo de 63 el General en jefe Gonzalez Ortega, oído el parecer de un Consejo de guerra, expidió una órden general disponiendo que se disolviera el ejército rompiendo sus armas y clavando los cañones. Comunicó después á Forey que no teniendo víveres ni municiones con que defenderse, él y los jefes y oficiales se constituían prisioneros, pudiendo el ejército invasor ocupar la ciudad.

Forey tembló de rabia y despecho al ver que se le escapaba un triunfo que creía seguro, y que toda la gloria era para el vencido. En su sed de venganza soltó sobre la heroica ciudad las hordas de foragidos de Marquez, cuyos desmanes y violencias tuvo al fin que refrenar un destacamento de zuavos.

La República se estremeció al ver destruido el inmortal ejército de Oriente: el del centro, destrozado en la rota de San Lorenzo, se replego á la capital.

———

El 31 de Mayo cerró el Congreso su segundo período de sesiones, después de haber revestido á Juarez con toda la omnipotencia de la dictadura para que salvara la nacionalidad, y de señalar á San Luis Potosí para residencia de los poderes federales.

Terminada esta augusta ceremonia el gobierno general salió de México, y con él todos los funcionarios públicos, multitud de empleados, y muchos particulares. Así comenzó aquel doloroso éxodo, aquella tremenda crisis de nuestra nacionalidad, que debía durar cuatro años.

Pero aquella retirada fué desastrosa para el ejército del centro, que casi se disolvió por las deserciones en masa, á pesar de que la insubordinación fué severamente reprimida por los jefes.

Mas pasó pronto la depresión moral nacida de la pérdida de Puebla y de la capital de la República, y en los Estados una vigorosa reacción de patriotismo hizo brotar nuevas fuerzas para combatir á los invasores.

Estos no abrían una nueva campaña: se ocupaban en la capital en fabricar una junta de notables para que finjiera elegir emperador previamente nombrado por Napoleón, á Maximiliano de Hapsburgo, á quien ningún notable conocía, y cuyo nombre sonaba por primera vez en México.

Maximiliano, sin embargo, no tuvo á bien reconocer la validez de aquella elección, y no quiso aceptar la corona mientras no lo nombrara el país entero.

Entonces resolvió Napoleón que se ocupara todo el territorio mexicano, á fin de que en cada ciu-

dad se levantaran actas de adhesión á Maximiliano bajo la presión de las bayonetas francesas.

Para abrir esta campaña electoral hubo cambios radicales en la política francesa: Forey el asesino en Africa, el gendarme que aprehendió á los diputados en el golpe de estado del 2 de Diciembre, fué sustituido por Bazaine en el mando en jefe del ejército expedicionario. Forey se había asimilado al partido clerical y desarrolló en México una política reaccionaria, que contrarió Bazaine, poniéndose en pugna con el Arzobispo Labastida y los reaccionarios.

El inspirador de ese programa retrógrado, Saligny el dipsómano y agente vendido á Jecker, fué destituido y llamado á Francia, donde quedó relegado al olvido. Cobró del banquero suizo su corretage, no figuró más en la diplomacia imperial, llevando á su retiro su eterno odio á México y el despecho de haber sido alejado de la cosa pública. Algunos años después murió de *delirium tremens.*

Cinco meses emplearon los franceses para organizar su expedición al interior del país, y por fin en Noviembre de 1863 salieron dos grandes cuerpos de ejército de México, avanzando uno por Toluca para ocupar á Morelia y marchando el otro al poniente rumbo á Querétaro.

En la vanguardia del primero iba Marquez con sus bandidos disfrazados ya de soldados, y en la del segundo Mejía con sus indios vestidos á la francesa.

Bazaine quiso llevar á los traidores al frente, para que sufrieran los primeros el empuje de los republicanos, liberando así á sus soldados: y el plan

fué tan bueno que Marquez, atacado en Morelia por Uraga, quedó hecho pedazos, y Mejía estuvo á punto de ser desbaratado en San Luis Potosí. El auxilio oportuno de las columnas francesas salvó á los dos traidores.

Insensato sería querer conglobar en este pequeño opúsculo la grandiosa historia de la segunda guerra de independencia, perfectamente narrada ya aun por eminentes historiadores.

Verdad es que tan esplendorosa epopeya está hoy enteramente olvidada; la nueva generación la ignora, y muchos audaces la adulteran narrando hechos mentidos y atribuyéndose hazañas que forjan para darse timbres de heroicidad. Esto reclama que se escriba de nuevo la historia documentada de aquella lucha gigantesca y se derrame por todo el país, para recalentar el patriotismo y vigorizar las energías que engendrau á los héroes y salvan la nacionalidad.

Mas como esa tarea excede nuestras aptitudes, sólo trazaremos con brevedad el bosquejo de aquel período en que el desastre de nuestras tropas no abatió el valor de sus jefes, que continuaron luchando, ni quebrantó la serena impasibilidad del Presidente Juarez y sus Ministros que ni en el año terrible, en que parecía sofocada la insurrección republicana, perdieron la fé en lo porvenir ni dejaron de atizar la guerra de resistencia cumpliendo hasta el fin con su espinoso deber.

La odisea de la legalidad constitucional fué grandiosa, homérica, y merece que se le consagren aquí aun que sea algunas líneas.

El gobierno legítimo de la República salió de San Luis Potosí el 22 de Diciembre de 1863, al aproximarse á aquella ciudad las fuerzas francesas y las de Tomás Mejía. Caminando lentamente llegó Juarez con su Ministerio y algunos funcionarios y empleados al Saltillo, donde permaneció desde Enero de 1864 hasta Abril del mismo año. Entonces se radicó en Monterrey, luego que las fuerzas republicanas sofocaron la insurrección del viejo cacique Vidaurri, que después de su rebelión se fugó á territorio americano.

Pero la invasión francesa avanzaba cada día y las columnas expedicionarias, acompañadas de fuerzas traidoras, iban ocupando las poblaciones de Estados fronterizos.

Entonces el gobierno se dispuso á marchar á Chihuahua, y al abandonar á Monterrey, Quiroga, el seide de Vidaurri, que había hecho su sumisión ofreciendo servir á la república, volvió á rebelarse y en son de motín atacó á la escolta presidencial. La aproximación de fuerzas de Guanajuato refrenó el motín, y Juarez, sin alterar la hora designada para la marcha, salió lentamente de la ciudad, haciendo una breve jornada.

Abandonado así Monterrey, Quiroga volvió á

ocuparlo, entregándolo á los franceses y llamando á Vidaurri. Creían los dos traidores que se les confiaría el mando de Nuevo León y Coahuila; pero el general Castagny los hizo marchar á México.

El grupo de nobilísimos patricios que encarnaba la soberanía de la Nación cruzaba entre tanto lentamente el desierto, sufriendo mil penalidades y miserias.

El 15 de Septiembre llegó el personal del gobierno al pequeño pueblo de la Noria Pedrizeña, y en la noche de ese memorable día se reunieron en la capilla, convertida entonces en cuartel, á conmemorar el aniversario de la otra insurrección, la de Dolores, y en aquel acto solemne, celebrado en el desierto y en las tremendas angustias de la Patria, pronunció un sentido discurso Manuel Ruiz.

El 16 de Septiembre lo celebraron en la hacienda del Sobaco, donde se rindió la jornada de aquel día.

¡Que pocos eran ya los que acompañaban á Juarez!: el desaliento, el miedo y la defección habían aclarado las filas republicanas.

Nadá, sin embargo, tan grandioso como aquel aniversario glorificado en una noche admirable y en un teatro de inmensa magestad. Era un campo cerrado de un lado por un semicírculo de montañas, limitado del otro por el Nazas, con la luna levantándose al Oriente y recortando fuertemente las líneas sombrías de la sierra. En medio el pequeño grupo de patriotas, como los druidas de la libertad, predicando la guerra santa contra el extranjero. Gui-

llermo Prieto era el orador, y su voz resonaba en el silencio de aquel desierto con ondas de viril entusiasmo, como una profecía de triunfo en no distante porvenir.

El 17, el Gobierno se detuvo en Nazas para aguardar el resultado del ataque que se había dispuesto á fin de rechazar á los franceses, que avanzaban en persecución de Juarez.

El 21 de Septiembre se encontraron ambas fuerzas en la hacienda de la Estanzuela; pero Martin, el coronel que mandaba la columna francesa, concentró su ataque al cerro de Majoma, defendido tan sólo por ochocientos republicanos: así quedaron excluidos los demás cuerpos de nuestra brigada.

El ataque fué terrible: á los primeros tiros Martin cayó muerto. Los zuavos fueron rechazados por tres veces, cuando el comandante Fapy, que había tomado el mando al morir Martin, hizo un desesperado esfuerzo lanzando una nueva columna que hizo retroceder las fuerzas de Patoni, sin que pudieran contener el avance de los zuavos los dos batallones de Zacatecas que acudieron á la defensa y que fueron rechazados, muriendo los dos coroneles que los mandaban.

Parecía perdida la batalla, cuando la caballería mexicana dió una brillante carga en la primera loma del cerro, recobrando las piezas que habíamos perdido y haciendo retroceder á los franceses en dispersión. Pero Fapy reorganizó sus columnas y con ellas derrotó á la caballería, sin que las infanterías mexicanas acudieran á apoyarla, profundamente

desmoralizadas por haber caído gravemente heridos, uno tras otro, los dos generales que las mandaban, Castro y Aranda.

Los franceses quedaron dueños del campo y de parte de nuestra artillería, triunfo que les costó mucha sangre. Los restos del ejército mexicano se retiraron en buen orden y sin ser perseguidos. Ocurrió entonces un hecho inexplicable: durante la misma noche del 21, la mayor parte de la división se desbandó, quedando disuelto el ejército de Occidente.

Nos hemos detenido narrando los principales incidentes de la batalla de Majoma, para demostrar que las tropas de la República combatían heroicamente contra los franceses, y que el 21 de Septiembre supieron luchar todo un día con soldados superiores en armamento, táctica y disciplina.

Al saber el desastre de la Estanzuela, el Sr. Juarez salió de Nazas rumbo al sur del Estado de Chihuahua, y después de una larga travesía llegó á la capital de esta entidad federativa, el 21 de Octubre de 1864.

Eran los dias infaustos de la República: nuestras fuerzas se batían, pero cada vez más reducidas en número y carentes de los elementos de guerra por la pérdida de las principales ciudades, sucumbían ante las grandes masas del ejército expedicionario, auxiliado por las numerosas tropas de traidores.

Así pasaron once meses sin que, á pesar de sus

triunfos, lograran los franceses pacificar el país, cuando creyó Bazaine que, capturado el Presidente legítimo de la Nación y destruido el gobierno nacional, concluiría la guerra de independencia; y organizó sobre Chihuahua una fuerte expedición que al mando de Brincourt ocupara violentamente aquella ciudad.

El Sr. Juarez, sin tropas con que resistir al invasor, el 5 de Agosto de 1865 salió con su Ministerio para Paso del Norte, donde llegó el 14 del mismo mes.

Entonces fué cuando, engañado por el parte falso de Brincourt, en que participaba que el Presidente había abandonado el territorio nacional, promulgó Maximiliano el horrible decreto del 13 de Octubre, en cuyo cumplimiento se derramó mucha sangre mexicana y se cometieron excesos que macularon para siempre la memoria del imperio.

Pero la reacción fué tremenda; el país se incendiaba cada día más y más, y obligado Brincourt á abandonar á Chihuahua, Juarez tornó á ella el 20 de Noviembre, habiendo salido del Paso el 7.

Dos veces recorrió Juarez ese camino por haber vuelto los franceses á la ciudad, la última por instigación de Maximiliano, que en Mayo de 66 escribía de Chapultepec á Bazaine instándole para que "*arrojase á Juarez de Chihuahua y se ocupase esta ciudad de una manera definitiva, para quitar á los Estados Unidos el único pretesto plausible de acreditar cerca de él un embajador, y la ocasión de presentar cada día nuevas exigencias.*"

Todavía entonces ignoraba Maximiliano que Napoleón había cedido á esas exigencias y había ofrecido desocupar prontamente á México.

Sin embargo, Bazaine obsequió el deseo de Maximiliano, y organizó una nueva expedición. He aquí como narra ese hecho militar Keratry, el Secretario del Mariscal:

"El comandante Billot se dirigió rápidamente "sobre Chihuahua, de donde salió Juarez seguido "solamente de algunos compañeros de camino, hu- "yendo de nuevo hacia *Paso del Norte*. Los soldados "y los funcionarios liberales se habían desparrama- "do por todos lados. Durante seis semanas, las tro- "pas francesas trabajaron en fortificar la ciudad de "manera que quedase al abrigo de una vuelta ofen- "siva, y después de haber ejecutado esos trabajos, "fueron relevados por mil docientos imperialistas ca- "si, que no tardaron en ser atacados. Sus jefes en "lugar de concentrarse en la plaza fortificada y de- "fender sus entradas, emprendieron una salida con "sus fuerzas á media legua de la ciudad: en la no- "che su derrota era completa, y Chihuahua aclama- "ba definitivamente la república.

"Este episodio militar re reprodujo en muchos "puntos del territorio ...."

Es verdad; conforme se iba reconcentrando el ejército francés para ejecutar su retirada de un sólo golpe, las fuerzas republicanas estrechaban su círculo de ocupación, batiendo á los austriacos, á los belgas y á los traidores, á quienes los Estados Mayo-

res franceses entregaban, para su custodia, las plazas que desocupaban.

Juarez estableció definitivamente su capital en Chihuahua, de donde no saldría sino para llegar á Zacatecas, y después á San Luis Potosí, desde donde presenciaría la caída de Querétaro, ordenaría la ejecución de Maximiliano, y marcharía á México debelado por el Gral. Diaz, restaurada ya la república.

V.

Después de los desastres que sufrió la causa republicana durante el año de 1864 y parte de 1865, al terminar este año la reacción demócratica fué terrible y la insurrección se extendió rápidamente por todo el territorio.

El ejército francés se había fraccionado para poderse extender en todas las poblaciones que pretendió conservar para el imperio, y esto disminuyó su fuerza: así pudieron atacar con ventaja las fuerzas constitucionales algunas plazas defendidas por tropas extranjeras y aun á columnas expedicionarias que marchaban aisladas.

Las tropas francesas cruzaban, es verdad, el país insurrecto; pero si la insurrección se hacía á un lado, dejando el tránsito libre, se cerraba tras ellas y el invasor sólo era dueño del suelo que pisaba.

Al fin, no pudo Bazaine mantener su acción

militar demasiado lejos sobre todo después de la derrota de Mejía, la ocupación de Matamoros y la pérdida de Tampico, que, recobrada momentáneamente por la contraguerrilla francesa á las órdenes de Langlois, cayó definitivamente, por la capitulación del jefe francés, en poder del general republicano Pavón.

En el primer tercio del año de 66 la situación era gravísima para Maximiliano, por haber comenzado el ejército francés sus movimientos de concentración, replegándose para estar pronto á evacuar á México, según lo había ordenado Napoleón, conminado por el gobierno de Washington.

El Mariscal Bazaine con una división maniobraba por los caminos del Norte, para socorrer á cualquiera de los dos gruesos cuerpos de ejército que se retiraban y que se viese amenazado.

Al Poniente la división de Castagny abandonaba Sonora, Durango y Zacatecas para establecer en León su cuartel general: al Oriente el general Douay se alejaba de las posiciones que había ocupado cerca de la frontera americana, y desocupando el Saltillo acampaba en San Luis Potosí. En tan larga travesía los franceses fueron frecuentemente molestados por las fuerzas de Zepeda, Martinez y Aureliano Rivera.

Habían quedado libres de la intervención todos los Estados lejanos, como Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Sinaloa y Sonora. El area imperialista, reducida con exceso, estaba sin embargo seriamente amagada.

El Estado de Chiapas, que no había sido invadido, organizaba tropas para defenderse y auxiliar á los Estados vecinos: Tabasco, que se había insurreccionado en 1865, viendo en la lucha casi destruida su capital, la recobró definitivamente, á pesar de los buques franceses surtos en la boca del Grijalva.

En Oaxaca no dejó de combatirse un solo día gracias á la heroica constancia del general Figueroa, que con suerte varia recorría todo el Estado, hasta que con los elementos de guerra que quitó al enemigo alcanzó importantes victorias sobre los imperialistas.

Pero no sólo Oaxaca, sino todo el Oriente se incendió cuando apareció allí el general Diaz después de haber logrado fugarse de Puebla, y más aún cuando, á fines de 1865, trajo de Guerrero los auxilios que le ministró el general Alvarez en hombres, armas y municiones. Día á día el héroe de Oriente arrancaba un pueblo al imperio, destrozaba las fuerzas que se le oponían, é iba ocupando todo el Estado, preparándose así para apoderarse de la capital después de vencer á la columna extranjera enviada en auxilio de Oaxaca.

En Veracruz proseguían la campaña Alatorre y Alejandro García: y si el primero no pudo sostenerse mucho tiempo por haber cargado sobre él gran número de fuerzas el Mariscal, que deseaba mantener libres sus comunicaciones con el puerto, el General García permaneció indomable en la línea del Sur del Estado á uno y otro lado del Papoloapam,

á pesar de los vapores franceses y tropas imperialistas, á las que quitó al fin Tlacotalpan.

El centro del Estado de Puebla se vió casi libre de las guerrillas republicanas, por cuidarlo un grueso de ejército; pero la sierra de Zacapoaxtla en su segunda insurrección hizo triunfar la causa nacional, á la vez que muchos pueblos se levantaron contra el imperio, como Tlatlauqui, Tetela, Teziutlán y San Juan de los Llanos.

Los tres Distritos del Estado de México estaban llenos de guerrillas independientes, y allí se alcanzaron frecuentes victorias, como la de Martínez, que derrotó á la columna belga en Ixmiquilpam.

En Michoacán la campaña había tomado proporçiones formidables, como si el asesinato cometido por Mendez en Uruapan fusilando á los héroes Arteaga, Salazar y compañeros hubiera hecho brotar nuevos combatientes.

Hasta en los Estados céntricos como Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes y Jalisco, se combatía por la libertad.

Sentimos, al trazar este bosquejo de la segunda insurrección mexicana, no poder narrar la épica campaña del ejército de Occidente, formado de las brigadas de Jalisco y Sinaloa, al mando del general Corona, que batió bizarramente á las columnas francesas salidas de Mazatlán, y á los bandidos de Lozada, hasta encerrar á los invasores en el puerto bajo la protección de sus buques de guerra, y obligar al tigre de Alica á retirarse á la sierra de Tepic, declarándose neutral y desconociendo al imperio.

VI.

En los últimos meses de 1866 el fiasco de la expedición francesa se pronunciaba cada día más, y el imperio de Maximiliano era sólo un sueño que se desvanecía en las angustias de la realidad.

Todos los personajes prominentes en la política imperante marchaban á ciegas, vacilando en el camino que debían escoger.

Despechado Maximiliano al saber que Napoleón III no le daría un peso ni un hombre más, estando resuelto á retirar su ejército de México ante la voz conminatoria de los Estados Unidos, y agobiado el archiduque por la enfermedad mental de Carlota, pensó abdicar y aun partió para Orizaba, donde por su mal lo detuvieron las sugestiones de su antiguo consejero y secretario Eloin y las intrigas de Fischer.

En el campo francés imperaban las mismas indecisiones y no se sabía cómo ejecutar las disparatadas órdenes de Napoleón, quien sólo quería desprenderse de la empresa mexicana con la menor mengua posible.

Para resolver rápidamente tan imposible problema, envió á México á su ayudante de campo el general Castelneau revestido de amplias facultades y con el encargo especial de repatriar el ejército francés y hacer abdicar á Maximiliano, erigiendo en sustitución de éste un gobierno liberal, que no fuera el de Juarez, y con el que se pactara el reconoci-

miento de la deuda y de los empréstitos franceses.

Castelneau desembarcó en Veracruz el 12 de Octubre de 1866 y subió tan lentamente hacía la capital que el 21 de dicho mes se cruzó en Ayotla con Maximiliano, quien en la mañana de ese día había salido de Chapultepec para Orizaba sin pasar por México.

En vano el ayudante de Napoleón solicitó una audiencia de Maximiliano: éste se negó á recibirlo. Castelneau marchó entonces para México, y luego que llegó á esta capital se puso en contacto con Dano el Ministro de Francia y con el Mariscal, comunicándoles las facultades é instrucciones que había recibido de su emperador.

Al punto comenzó una guerra de intrigas entre los tres altos funcionarios franceses y los directores del partido clerical, que se habían apoderado de Maximiliano haciéndolo el jefe de su facción, para lanzarse con él á la guerra cívil.

El Ministro francés Dano y Castelneau, siguiendo el programa trazado por Napoleón, trabajaban activamente por alcanzar, antes de la retirada del ejército, la abdicación de Maximiliano.

El Emperador de Francia deseaba levantar en México, bajo su patrocinio, un nuevo gobierno que salvara los pretendidos intereses franceses y reconociera los créditos del imperio, contándose entre éstos no sólo los dos empréstitos agotados por el ejército expedicionario y Maximiliano, sino los gastos de la intervención hechos desde 1861, según el convenio de Miramar.

Pretensión insensata, pues ningún gobierno liberal habría aceptado cosa tan humillante é injusta para la Nación.

Los funcionarios franceses, como era lógico, separaban á Juarez de tan absurda combinación; y Bazaine, según cuenta Niox, el historiador semi-oficial de la intervención francesa, creía sinceramente que la autoridad del Presidente Juarez era nula, siendo éste sólo un manequí que manejaban los hombres hábiles del partido liberal.

Apreciación pueril que desmintieron los mismos escritores franceses que han concedido á Juarez una alta inteligencia política, una firmeza inquebrantable y un patriotismo sin tacha.

Bazaine tenía por candidato á Don Manuel Ruiz y Castelneau prefería á Don Sebastian Lerdo de Tejada.

Nosotros, que tan íntimamente tratamos al hábil Ministro del Sr. Juarez no podemos menos que admirar la petulancia del agente de Napoleón que creía poder conquistar al incorruptible Lerdo hasta convertirlo en traidor á su patria.

Por fin Castelneau, Dano y Bazaine se pusieron de acuerdo y aceptaron como candidato para su proyectado gobierno á Gonzalez Ortega, que se creía el legítimo sucesor de Juarez por haber terminado el período constitucional de éste, y por haberlo reconocido como tal varios liberales.

Refiere el mismo historiador Niox que Gonzalez Ortega envió al doctor Manuel Fernández, su in-

timo amigo, cerca de Bazaine, pretendiendo el apoyo de los franceses para ocupar el poder supremo, dejando entender la posibilidad de arreglar la cuestión de garantías en favor de los intereses de Francia y de la deuda francesa.

Bazaine así lo afirma al menos en la carta que escribió el 9 de Noviembre de 1866 á su Ministro de Guerra, proponiendo á Gonzalez Ortega para Jefe de la Nación mexicana, en sustitución de Juárez y de Maximiliano; en esa carta se leen los siguientes conceptos:

.... "Por otra parte, Ortega representa un "color menos rojo que Juarez, y menos clerical que "Santa-Anna; es el campeón de los federalistas y los "grandes propietarios, las gentes influentes, están "decididas á sostenerlo. Es la elección menos mala "que podemos hacer, y estamos decididos á llamar-"lo luego que el emperador Maximiliano deje á Mé-"xico. No nos es posible apelar directamente al "pueblo, que debe ser la base del nuevo gobierno, "pero Ortega nos dará los medios de organizarlo le-"galmente."

Entonces enviaron un comisionado á los Estados Unidos que llevaba el encargo de comprometer á Gonzalez Ortega para que garantizara los intereses franceses y asegurara á este General el apoyo del gabinete de Washington.

Pero el gabinete de Washington había resuelto sostener á Juarez, único á quién reconocía como Presidente legítimo de la República Mexicana.

Un grave incidente acaecido en nuestra frontera vino á revelar la verdadera actitud que asumía el gobierno de la Casa Blanca en la cuestión de México. No sólo nombró á Mr. Campbell Ministro de los Estados Unidos cerca de la República Mexicana, ordenándole en 22 de Octubre de 1866 que se uniese á Juarez en Chihuahua, sino que se propuso Mr. Seward acabar cón la excisión que los partidarios de Gonzalez Ortega procuraban fomentar en el campo republicano.

El General Canales, resuelto á reconocer á Gonzalez Ortega como Presidente legítimo de la República, se había apoderado de Matamoros, á la vez que aquel jefe intentando pasar á México, para asumir el poder como Presidente de la Corte de Justicia, salió de Nueva Orleans y llegó á Brazos, donde fué aprehendido é internado á los Estados Unidos por las autoridades americanas.

Pero Canales continuaba en su actitud de rebelde, complicándola con el apoyo que le prestaron fuerzas americanas de Brownsville al mando del General Thomas D. Sedgwich, comandante del sub-distrito de Río Grande.

Este jefe americano, violando las leyes del derecho internacional, ocupó la plaza de Matamoros, izó en la catedral la bandera de los Estados Unidos, estorbó el ataque del General Escobedo que sitiaba la plaza y quiso imponer á este jefe una capitulación que él, el jefe americano, había pactado con Canales.

El General Escobedo rechazó dignamente las

propuestas de Sedwich y se preparó á asaltar la plaza, cuando Canales se rindió y las tropas americanas se retiraron de Matamoros, que tomó entonces Escobedo en nombre del Supremo Gobierno.

Estos deplorables incidentes obligaron al General Sheridan, comandante del departamento del Golfo á dirigir á Sedwich la siguiente nota:

"Nueva Orleans, 23 de Octubre de 1866.

........."Estoy convencido de que el único me-"dio de mejorar el estado de cosas en Río Grande "es prestar nuestro apoyo más cordial al único go-"bierno que reconocemos en México y que realmen-"te es nuestro amigo.

"Por tanto prevendreis á todos los adictos á "cualquier otro partido ó gobierno en México, ó en "el Estado de Tamaulipas, que no les será permiti-"do violar las leyes de neutralidad entre el Gobier-"no liberal de México y los Estados Unidos, y tam-"bien que les está prohibido permanecer en nuestro "territorio recibiendo en él la protección de nuestra "bandera, para conspirar bajo de ella violando nues-"tras leyes de neutralidad.

"Estas instrucciones se ejecutarán contra los "partidarios del *boucanier imperial*, representante "del llamado gobierno imperial de México y tam-"bien contra los Ortega, Santa-Anna y otros fac-"ciosos.

"El Presidente Juarez es el Jefe reconocido del "gobierno liberal de México... .. "

Desengañados los funcionarios franceses de que

no podían improvisar un gobierno exótico en México con el apoyo de los Estados Unidos, cambiaron sus planes.

Dano y Castelneau continuaron insistiendo en la abdicación de Maximiliano, aunque sin lograrlo: y Bazaine, más hábil y pérfido que ellos, buscó la salvación del buen nombre de la Francia imperial en Oriente.

No somos nosotros los que lanzamos tan grave afirmación sino algunos escritores franceses, nada hostiles por cierto al ex-mariscal.

El Capitán de Estado Mayor del ejército francés G. Niox, en su obra intitulada. "La Expedicion de Mexico–1861–1867" dice, en la página 648, lo siguiente:

"Se acusaba al Mariscal Bazaine de entenderse "con Porfirio Diaz para entregarle el material de "guerra; es verdad que se habían entablado nego-"ciaciones para el canje de los prisioneros; mas Diaz "sólo contestaba con cortesía, pareciendo que que-"ría evitar todo compromiso con los franceses, y á la "vez respetaba las propiedades de nuestros naciona-"les. De aquí nacieron mil conjeturas."

Esas conjeturas las especificaba Niox en una nota anexa al párrafo anterior, narrando los hechos siguientes:

"Por conducto, dice la nota, de M. Otterbourg, "cónsul de los Estados Unidos en México, se hicie-"ron proposiciones á Porfirio Diaz á fin de compro-"meterlo á que tomara la dirección de los asuntos "políticos si abdicaba Maximiliano.

"Sobre esto publicaron los diarios americanos "una carta escrita por Porfirio Diaz á Matías Rome- "ro, agente de Juarez en Washington. Esta carta "contiene las afirmaciones más inverosímiles, pues "dice así: *El Mariscal Bazaine, por conducto de una "tercera persona, me hizo la oferta de entregarme las "ciudades ocupadas por los franceses, y prisioneros á "Maximiliano, Marquez, Miramon etc......si yo (el "Gral, Diaz) aceptaba una proposición que rechacé por "parecerme poco honorable.*

"Otra proposición (dice la nota de Niox conti- "nuando la transcripción de la carta del Gral. Diaz), "*emanada igualmeute de la iniciativa del Mariscal Ba- "zaine, se refería á la adquisición de seis mil fusiles "y cuatro millones de cápsulas. Si yo lo hubiera de- "seado, me habría vendido también cañones y pólvora; "pero rehusé sus propuestas.*"

Aquí termina el párrafo de la carta dirigida al Sr. Matías Romero; y sobre ella hace Niox las siguientes apreciaciones:

"Otterburgo, en efecto, ofreció sus buenos ofi- "cios y propuso llamar á Porfirio Diaz á México, "cuando hubiese partido Maximiliano. Aun había "obtenido de los principales banqueros la promesa "de que darían el dinero necesario para sus tropas. "De todos los jefes liberales Porfirio Diaz era aquel "con quien parecía más honorable tratar. Y aun es "lógico admitir que el Mariscal estuviese dispuesto á "cederle armas y municiones, en tanto que represen- "tase al gobierno llamado á suceder al imperio. Pe- "ro en cuanto á la oferta de entregar á Maximiliano,

"Marquez y Miramon y las plazas, es perfectamen-
"te absurda. La proposición que Porfirio Diaz en-
"tiende haber rechazado como poco honorable, se
"refirió sin duda al reconocimiento de la deuda y de
"los empréstitos franceses.

"El Mariscal estaba contra la intervención de
"los Estados Unidos porque los consideraba, con
"razón, como enemigos formales de la política fran-
"cesa en México, y condenaba las pláticas que se
"habían entablado con ellos por conducto de M. Da-
"no y de M. de Montholon, pláticas de que el Ma-
"riscal Bazaine no tuvo conocimiento, dice, sino
"hasta fines de Diciembre, por los datos que le mi-
"nistró uno de sus ayudantes que cruzaba por Amé-
"rica."

Como Niox en sus anteriores asertos no precisa cúal es la proposición formulada por Bazaine y que el Gral. Diaz rechazó por parecerle poco honorable, y como supone que se refiere al reconocimiento de la deuda y de los empréstitos franceses, debemos hacer una revelación que hace surgir los hechos á la luz de la verdad.

No sólo Bazaine sino el gobierno francés deseaban que, al retirarse sus tropas, para que el fiasco de la expedición no apareciera tan completo, el gobierno que en México quedase reconociera la enorme deuda contraída por Maximiliano con Francia y los empréstitos hechos por él; mas para lograr tal fin sólo contaba Bazaine con la problemática aquiescencia de Gonzalez Ortega, por lo que intrigaba para que éste recibiera el poder al abdicar Maximiliano.

Y esa intriga no era realizable sino contando con que la apoyara el General Diaz. Lógico es por lo mismo rectificar el dicho de Niox diciendo que Bazaine ofrecia entregar las plazas y prisioneros con el archiduque y sus generales al General Diaz si éste reconocia como Presidente legítimo á Gonzalez Ortega.

Vemos, pues, que lo inverosímil y absurdo, á juicio del Capitan Niox, es que Bazaine traicionara así al emperador hecho por la Francia y á los jefes clericales que iban á sostener aquel trono vacilante.

Sin embargo, el Mariscal no desmintió los asertos contenidos en la carta del Gral Porfirio Diaz, ni la primera vez que se publicó en los Estados Unidos, ni las dos ó tres veces que la reprodujeron los periódicos mexicanos.

Hasta 1886, es decir veinte años después, Bazaine, con fecha 10 de Diciembre dirigió al Gral. Diaz, de Madrid, una carta tan incorrecta como desentonada llamando calumnioso el dicho del intermediario que llevó las proposiciones á que nos referimos.

Y Bazaine, después de desmentir los asertos de la carta, pedía al Gral. Diaz le participara el nombre de la persona que los había forjado para perseguirlo como difamador.

El Sr. Gral Diaz, Presidente ya de la República, se dignó contestar la insolente misiva, atendiendo tan sólo á que Bazaine merecía alguna conmiseración por estar prófugo de su país, llevando sobre sí la fulminante sentencia de un consejo de guerra

que lo condenó á muerte á causa de haber capitulado el 28 de Octubre de 1870, en campo raso, entregando prisionero el ejército del Rhin y la ciudad de Metz al príncipe Federico Carlos, en jefe de un ejército alemán.

Y el Gral. Diaz ni se desentonó ni perdió su serenidad al contestar al ex-mariscal; severo y lógico rechazó las afirmaciones de Bazaine, indicándole que el intermediario á quien se refería en su carta á Romero era Mr. Carlos Thiel, residente entónces en Guatemala, y de cuya veracidad no podía dudarse.

Lo cierto es que Bazaine no persiguió á Thiel como calumniador, ni dió paso alguno para que éste contradijera la afirmación contenida en la mencionada carta.

Es que el ex-mariscal, refugiado en 1886 en España, necesitaba vindicarse del cargo de haber sido desleal con Maximiliano que debía perderlo en el ánimo de la reina, la cual era austriaca.

Ahora bien; lejos de parecer inverosímil, como lo pretende Niox, parece muy natural la oferta de Bazaine al Gral Diaz de entregarle las plazas que no se rendían aun á los liberales, y lo que era forzozo, con ellas como prisioneros á los principales jefes que las defendían, único medio de poner termino á la guerra civil con que el partido clerical amenazaba á la Nación.

El más vivo deseo, como indicamos ya, todo el interés de los franceses en aquellos momentos era dejar establecido en México un gobierno que tratara

con ellos y tuviera el poder indispensable para llevar adelante lo pactado.

Sin esto no podía salvarse la honra y algo de los intereses materiales de la Francia imperial; su intervención armada iba á terminar, como terminó, por el fracaso más completo. ¿De qué otra manera podían entónces realizar su plan sino completando la victoria del jefe republicano que escogían para sus fines.?

Habían elegido al Gral. Diaz por su gran prestigio y altas cualidades militares, suponiendo torpemente que podía ser desleal á su gobierno y cooperar al reconocimiento de una deuda que importaba el deshonor nacional.

Que los funcionarios franceses, el Mariscal sobre todo, incidieron en ese error es un hecho confirmado por el mismo historiador Niox, quien refiere haberse propuesto al Gral. Diaz que asumiera el poder supremo garantizando únicamente los intereses franceses: que Bazaine haya ofrecido ó no entregarle plazas y prisioneros es un incidente secundario.

Pero esta última oferta era, sin embargo, una consecuencia indeclinable del plan acariciado por los agentes de Napoleón, puesto que el Gral Diaz no podía instaurar su poder en la capital sin que ésta le fuera entregada, y naturalmente con ella sus de fensores.

Lógico es por lo mismo creer que esa oferta se formuló, no sólo porque no hay comparación posible entre la honorabilidad del Gral. Diaz y la del hombre condenado á la infamia por sus compatriotas,

sino porque la afirmación del héroe mexicano reune todos los fundamentos de credibilidad necesarios.

No solamente en 1866 en que era indudable el fracaso del imperio mexicano, sino desde el principio de la intervención, cuando amenazaba á ésta de parte de los mexicanos una lucha sin cuartel, Napoleón abrigaba ya la idea de establecer en México, á falta de un gobierno imperial, otro republicano, con exclusión de Juarez.

Mr. Drouyn de Lhuis, Ministro de negocios extranjeros de Francia, dirigió con fecha 5 de Junio de 1863 una larga comunicación al General Forey, de la que vamos á tomar algunos fragmentos.

Después de indicar el Ministro á dicho general la creencia en que estaba el emperador de que pronto sería ocupada Puebla, y que esto lo obligaría á tomar algún tiempo de descanso para poder marchar sobre México, le decía:

........"Nos ha parecido oportuno examinar si "las circunstancias no nos permitían entreveer des-"de ahora la satisfacción de los intereses que nos "obligaron á llevar la guerra á México.

"Nunca hemos disimulado los sentimientos que "nos inspira el gobierno de Juarez: no hemos ocul-"tado que nunca podríamos tratar con él, y nuestras "disposiciones no han variado. Pero nuestros com-"promisos no pueden ir más allá de la defensa de "nuestros derechos y del apoyo que *eventualmente* pro-"metimos dar á las tentativas dirigidas contra el go-"bierno actual.

"No tendríamos repugnancia en tratar con *un*

"*poder nuevo* que contara con el asentimiento del país "y estuviera pronto á tratar sobre la base de las in- "demnizaciones y garantías de interés general que "tenemos derecho á revindicar................

"En un país donde el poder ha pasado por tan- "tas manos desde hace muchos años, no es dificil en- "contrar hombres que quieran recobrarlo de nuevo "y personalidades más ó menos considerables que "gocen de una notoriedad suficiente para pretender "tan alto puesto...............

"Nuestro deseo sería, pues, que el hombre con "quien ensayarais poneros en relación fuera apto en "lo posible para emprender una obra de concilia- "ción y que recibiera préviamente de toda la nación, "en cualquiera forma, aun provisoriamente, el poder "para tratar con vos.

"*Acaso sería preciso buscar ese hombre entre los* "*Jefes mismos que, engañados por su patriotismo, creen* "*servir la causa nacional haciendo armas contra noso-* "*tros: no renunciareis, pues, á sondear sus disposicio-* "*nes, aunque milite hoy en las filas de nuestros adver-* "*sarios*.................."

Aquí no se trataba ya del archiduque Maximiliano, pues sólo importaba á Napoleón retirarse honrosamente de México al punto en que comprendió que había sido engañado por los emigrados mexicanos.

En las propuestas que hizo al Gral. Diaz, Bazaine secundaba estrictamente el pensamiento que tuvo su emperador desde 1863 y que volvió á concebir con doble empeño cuando se veía obligado á re-

patriar su ejército por la intimación del gobierno de Washington.

VII.

Honorable fué pues y digna la actitud que conservó el Gral. Diaz en toda la guerra de la segunda independencia, tanto en los dias infaustos de su derrota, como en la época gloriosa de sus triunfos.

Si alguna debilidad hubiera mostrado al sucumbir en Oaxaca, mención hubiera hecho de ello Paul Gaulot al contar el sitio de aquella ciudad en su obra intitulada "*L'Empire de Maximilien.*" Porque hay que tener en cuenta que aquel autor tomó el material para escribir su libro de la correspondencia y documentos oficiales que, auténticos, conservaba Bazaine, y que recogió Ernesto Louet.

Y Gaulot se expresa sobre el General Diaz en los términos siguientes:

"El sur de México no presentaba en este mo-"mento (Enero de 1865) un estado mejor que el Nor-"te. Un centro de resistencia se revelaba en Oaxa-"ca, é importaba destruirlo tanto para la seguridad "como por el buen nombre del gobierno imperial.

"En ese país se encontraba un hombre que por "su carácter, su honorabilidad y sus cualidades pú-"blicas y privadas ejercía una influencia omnipoten-"te sobre sus compatriotas. Aunque haya sido el "enemigo más temible de la intervención y del im-

"perio mexicano, aunque á su habilidad y á su per-
"severancia, casi iguales á la tenacidad de Juarez, *se
"hayan debido nuestro fracaso final y el de Maximilia-
"no*, es leal hacer á ese adversario la justicia á que
"tiene derecho.

"Ha sabido batirse con bravura, *ha sabido so-
"portar la derrota sin abatirse*, y cuando los aconte-
"cimientos le permitieron volver á tener un ejército
"y un mando se distinguió por su humanidad entre
"los demás Generales mexicanos. Tuvo sobre Jua-
"rez, á los ojos del historiador. la superioridad de
"que siempre defendió á su patria y no su posición:
"este hombre era el Gral. Porfirio Diaz, Presidente
"hoy de la República Mexicana."

Rechazando como rechazamos, por injusta, la apasionada y falsa apreciación de Gaulot sobre el Sr. Juarez. nos complacemos al ver que el homenaje tributado al héroe de Oriente viene de un enemigo, y lo consignamos con legítimo orgullo.

Pero Gaulot no es igualmente verídico al narrar la campaña emprendida al Sudeste por Bazaine para sofocar la insurrección de Oaxaca. Y necesitando hacer una seria rectificación á lo asentado por el historiador francés, aunque rompamos el órden cronológico que seguimos en este opúsculo, retrocediendo un poco en nuestra narración, consagraremos algunas líneas para describir esa campaña de la que con partes falsos quiso el Mariscal hacer su mejor hoja de servicios.

Cuenta Gaulot que Bazaine con sólo 2,500 hombres terminó el 20 de Enero de 1865 el sitio de Oaxaca, que contaba, según el informe del coronel ingeniero Doutrelaine, con 6,000 defensores.

Y para acrecentar la gloria del jefe francés todavía pareció á Gaulot corta la cifra de las tropas del Gral. Diaz y las aumentó diciendo que al capitular la plaza fueron hechos prisioneros 235 oficiales superiores, Generales, subalternos ó asimilados, y 7,840 soldados, cayendo en poder de los franceses 60 piezas de artillería y todos los fusiles de la guarnición.

Rectificaremos los estados de fuerza que presenta Gaulot, comenzando por el correspondiente al ejército francés.

No nosotros sino Niox, jefe de Estado Mayor que escribió la historia oficial de la intervención, y apologista de Bazaine, da á éste el siguiente número de fuerzas en el cerco de Oaxaca: 4,000 infantes, 200 zapadores, 500 caballos, 800 artilleros, 500 hombres de servicios administrativos, 300 traidores de caballería, 100 exploradores imperiales y media sección de artillería mexicana. Total 6,400 hombres de combate, cifra muy arriba de la que da Gaulot al ejército sitiador.

Veamos ahora la verdad sobre esa campaña, reproduciendo los datos que nos ha ministrado un jefe de indiscutible honorabilidad y el primer actor en aquella heroica lucha.

Al terminar el mes de Agosto de 1863 llegó el General Porfirio Diaz á San Juan del Río, Estado de Querétaro, con los restos de la 1ª División del Ejército del Centro, y allí se situó, siendo aquella fuerza la más avanzada sobre el camino de la capital, ocupada ya por los franceses, y la que cerraba las salidas de la sierra, rebelde siempre contra la República.

Era entonces Jefe Político de San Juan del Río el que escribe estas rectificaciónes históricas, y fué por lo tanto testigo presencial del empeño y energía con que el Gral. Diaz reorganizó y disciplinó sus tropas, y aun tuvo la honra de prestarle para ello algunos pequeños servicios.

En Septiembre del mismo año el Presidente Juarez llamó á San Luis Potosí al Gral. Diaz, para discutir un plan de campaña con los Generales Comonfort y Berriozabal, Ministro de la Guerra, cuyo plan consistía en llamar la atención del ejército invasor por el Oriente, que hasta entonces permanecía inactivo, permitiendo á Bazaine prepararse libremente á amagar el centro, el Norte y el Occidente.

Convínose en la Junta de San Luis Potosí que con las fuerzas del Gral. Diaz se formara un nuevo cuerpo de Ejército de Oriente, cuyo cuartel general debía ser la ciudad de Oaxaca. Y para realizar este proyecto tornó el Gral encargado de la empresa á San Juan del Río.

El tránsito de una división desde esta ciudad hasta Oaxaca parecía imposible por estar ocupado

México, Toluca y gran parte de la zona oriental por 30,000 franceses y un gran número de traidores.

Pero nada arredró al General Diaz: mandó al que escribe esta narración á Amealco custodiando al Coronel de ingenieros Ricardo Villanueva á fin de abrir en la montaña, comenzando por el monte de la Lima, un camino para la artillería.

Imperfecto tuvo que ser aquel trabajo de zapa: sin embargo salió el General Diaz de San Juan con 2,300 hombres apenas y unos cuantos cañones, internándose por el ramal sud-este de la sierra, que cruzó con mil penalidades.

Y burlando al enemigo que no sintió su paso, y arrollando después á las tropas imperialistas que quisieron estorbárselo, consumó el caudillo republicano aquella peligrosa y tremenda travesía llegando por fin á Oaxaca.

Al punto comenzó el Gral. Diaz á reconstruir el Ejército de Oriente, poniendo los batallones que llevaba en alta fuerza y formando otros nuevos. Pero aunque el pueblo oaxaqueño estaba pronto á tomar las armas en defensa de la Patria, faltaban elementos de guerra y las rentas públicas eran muy reducidas, agotado el país por las luchas anteriores.

Recaudando hasta donde era posible los impuestos y extrayendo lo que había en numerario y en especie, poco se alcanzaba para armar el Estado en condiciones tales que pudiera resistir al formidable ejército francés que tarde ó temprano tenía que invadir aquel territorio leal á la República.

Entonces el Gral. Diaz hizo prodigios, hasta lo-

grar distribuir 130,000 y 140,000 pesos en algunos meses en la Comisaría del Ejército, siendo así que antes el movimiento de ingreso del Estado apenas llegaba á 30,000.

Es que el caudillo de Oriente había convertido en moneda la plata y el oro de las iglesias y las joyas de las imágenes y las campanas en cañones.

Sin embargo, el Ejército de Oriente apenas contaba de tropas en servicio 3,500 hombres y 20 bocas de fuego, contando entre éstas, además de los cañones recientemente fundidos, algunos viejos de fierro colado.

Más que heróico temerario era con tan poca fuerza pensar en resistir á un ejército poderoso, como el francés surtido de tremenda artillería y de inagotables elementos en municiones y dinero.

Y sin embargo, el Gral. Diaz resolvió no solo defender á Oaxaca, sino salir al frente del enemigo que se desprendía ya en dos columnas de Puebla y del Sur para desbordarse sobre el Estado.

En el mes de Julio de 1864 el Mariscal Bazaine, terminadas ya las operaciones en el Norte, abrió formal campaña sobre Oaxaca: ordenó al general Brincourt, comandante superior de Puebla que marchase á Huajuápan y estableciese allí una avanzada de dos batallones, al mismo tiempo que una columna francesa debía avanzar de Orizaba sobre Teotitlán, una columna de traidores partiría de Atlixco sobre Tlapa y la brigada Vicario, bajando de Cuernavaca, ocupase á Chilapa.

El 1º de Agosto el Gral. Brincourt ocupó á

Huajuápan á la vez que el mismo día el coronel Giraud, salido de Orizaba, entraba á Teotitlán, continuando después su movimiento hacía San Juan de los Cues.

El Gral. Porfirio Diaz se encontraba en esos momentos sobre la línea de Huajuápan, y ocultantando su marcha á traves de las montañas amagó á aquella población con dos mil hombres, hasta abrir fuegos con la vanguardia francesa.

Pero no era su intento atacar seriamente á Huajuápan sino engañar á Brincourt, á fin de sorprender la columna que operaba sobre Teotitlán, que era más débil y pasaba, sin embargo, de cuatro mil hombres.

El caudillo republicano alcanzó su objeto: los franceses se reconcentraron en Huajuápan, en tanto que aquel, marchando violentamente y á campo travieso tomó la dirección de Teotitlán y, cayendo sobre el pueblo de San Antonio, sorprendió á la vanguardia enemiga, compuesta de una compañía del 7º de línea, á la vez que el coronel Félix Diaz con una pequeña columna atacaba á Ayotla.

El mismo Niox, relatando estos hechos, confiesa que los destacamentos franceses, mandados por oficiales enérgicos, apesar de haber resistido vigorosamente, hubieran sucumbido sin la pronta llegada de numerosos refuerzos.

El encuentro fué desgraciado para nuestras fuerzas, pero se hizo tanto mal al enemigo, que éste retrocedió, empleando cinco meses para llegar á Oa-

xaca y sosteniendo combates diarios con las avanzadas del Gral. Diaz.

Comprendió además Bazaine que aquella campaña no sería tan rápida y llana como la que había hecho en el interior, y preparó grandes elementos de guerra y artillería y material de sitio, haciendo ejecutar obras para que éste pasara por los irregulares caminos de la montaña.

Envió más tropas y organizó una fuerte columna de las tres armas á las órdenes del Gral. Courtois d'Hurbal, comandante de la artillería del cuerpo expedicionario.

Tres meses, Septiembre, Octubre y Noviembre empleó Bazaine en estos preparativos y hasta el 12 de Diciembre llegó Courtois d'Hurbal á Yanhuitlán, deteniéndose allí, y llegando el 17 á Huitzo.

Intentó el Gral. francés avanzar hasta Etla ocupada por caballería á las órdenes de Gerónimo Treviño: y este Gral. resuelto á defenderse, batió completamente á los Cazadores de Africa y á los Húsares de la Guardia, que formaban la vanguardia, llevándolos en derrota hasta el pueblo de Tenexpa, donde se refugiaron apoyándose en una fuerte columna de infantería francesa.

Después de este triunfo se resolvió Bazaine á dirigir personalmente aquella campaña: el Gral. Diaz tuvo noticia por sus exploradores de la venida del Mariscal que cruzaba las Mixtecas escoltado por 500 hombres; mandó entonces al Gral. Treviño á que lo atacara con 1,200 caballos, que era el total con que el Gral. Diaz contaba de esa arma.

Pero Treviño, no obsequiando la órden, marchó por el Sur de Puebla hacia la frontera.

A la vez y cuando el Gral. Diaz había acampado á cinco leguas del cuartel general del enemigo, tuvo noticia de que el coronel Jesús Toledo que guarnecía á Tehuantepec con 300 infantes se había puesto á disposición del enemigo.

Esta defección y la falta de la caballería redujeron á la mitad la fuerza con que contaba el caudillo de Oriente para defender la plaza, estando por otra parte, muy debilitada la moral de la tropa.

El Gral. Diaz se reconcentró en la ciudad de Oaxaca con la heróica decisión de sostenerse hasta quemar el último cartucho, y apesar de que solo contaba con 1,700 hombres.

Bazaine, por el contrario, contaba según Niox, con las fuerzas siguientes: dos batallones de zuavos, doce compañías del regimiento extranjero, un batallón de infantería ligera de Africa, una compañía de zuavos montados, tres escuadrones de caballería francesa mandados por el Gral. Lascours, cuatro escuadrones mexicanos, una batería de á 4, una batería de á 12, cuatro secciones de artillería de montaña y una compañía de ingenieros. Y todavía aguardaba más artillería de sitio y grandes convoyes que, antes de su salida, había hecho partir de México.

Estableció el Mariscal su cuartel general en la hacienda la Blanca y el 17 de Enero de 1865 hizo circunvalar la ciudad simultáneamente por el Sur y por el Norte, completando el cerco en algunos días.

El carácter del presente opúsculo no nos permite contar los incidentes que día á día ocurrieron durante el sitio, durante el cual el Gral. Diaz, sin tener una hora de descanso, acudía á los puntos amenazados y con su deficiente artillería intentó estorbar los trabajos de zapa del sitiador.

Solo el amor á la patria y el cumplimiento del deber sostuvieron el gran carácter del heroe mexicano, que con un puñado de hombres, con muy pocas municiones y casi sin artillería, detuvo frente á los fuertes de Oaxaca aquel formidable ejército durante sesenta dias.

Prodigiosa fué aquella defensa, cuando en los últimos dias del sitio faltaban parque y víveres, y solo contaba el Gral. Diaz con 600 hombres, no solo por las bajas de muertos y heridos, sino por la deserción creciente que en los últimos dias del sitio llegó á ser de 300 hombres en una sola noche, llevando á la cabeza jefes de importancia, como el Teniente Coronel de infantería Modesto Martínez, los Mayores de la misma arma Adrián Valadés y Manuel Alvarez y diez ó doce subalternos.

Poco abona á la gloria militar del Mariscal Bazaine el hecho indudable, que empeñosamente disfraza Niox, de que disponiendo de cuarenta y tantas bocas de fuego reglamentarias y de más de 10,000 soldados del ejército francés y 4,000 traidores, no hubiera intentado el asalto formal de la plaza, cuando por los desertores tenía informes verídicos del número y estado moral de sus defensores.

En los últimos dias no quedaba ya un cartu-

cho en la plaza, y el pueblo hostigado por el hambre se amotinaba, pidiendo la rendición. El Gral. Diaz comprendió que había cumplido suficientemente con su deber de patriota y de soldado, y el 27 de Febrero (no el 20 Enero como dice Gaulot) se presentó solo en el cuartel general francés y rindió á Bazaine la plaza á discreción.

Cara costó aquella campaña á los franceses y sobre todo á Maximiliano: si aquellos recogieron pocos laureles, en cambio cargaron á la cuenta del imperio mexicano la enorme suma de 1.866,000 francos que del 1º de Julio de 1864 al 1º de Mayo de 1865 se gastaron solo en transportes para la expedición sobre Oaxaca.

Por la narración que acabamos de hacer, enteramente precisa porque la informan datos ministrados por persona de altísima honorabilidad, se habrá visto que no han sido exactos los historiadores franceses y que disfrazan los hechos, empeñados tan solo en hacer gloria que cubra el fiasco de la empresa de Napoleón.

VIII.

Al terminar el año de 1866 y durante los dos primeros meses de 1867 el imperio crujía sobre sus mal construidos cimientos, próximo á derrumbarse.

Tres grandes ejércitos republicanos avanzaban de los extremos del país al centro, quitando casi sin

resistencia á los imperialistas las poblaciones á su guarda confiadas por los franceses al retirarse: el ejército de Oriente, que llevado por el Gral. Diaz de victoria en victoria, se había adueñado de Oaxaca y rebasaba sobre Puebla; el ejército de Occidente, posesionado ya de Sinaloa hasta Jalisco; y el ejército del Norte, formado con las divisiones de Escobedo, Rocha, Hinojosa, Cortina y Canales, conquistó los Estados fronterizos para Juarez, y abría á éste el camino de San Luis, donde iba á establecerse la capital.

Maximiliano, ciego, himnotizado por los clericales, había desistido de la idea de abdicar, en su orgullo dinástico resistiendo subordinarse á la política francesa.

No era ya el emperador ilustrado que intentó plantear un gobierno progresista sobre las libertades que gozan los pueblos cultos, sino el jefe de las bandas de ladrones y asesinos que capitaneaban Miramón, Mendez, Mejía y Marquez.

Y en tanto que Maximiliano, arrastrado á la capital por los clericales, se aprestaba á abrir la campaña del interior, el ejército francés se retiraba en grandes masas rumbo á Veracruz, sin que molestara su marcha siquiera una guerrilla republicana.

Nuestros Jefes, todos y sin comunicárselo entre sí, habian tenido una inspiración hábil y patriótica, no atacar al ejército expedicionario para no detenerlo más tiempo en el país, retardando así la evacuación: con esa táctica prestaron un gran servicio á la causa nacional.

Podemos, para comprobar este dicho, presentar aquí dos documentos oficiales: son los siguientes:

"Ejército republicano del Centro

"El Salitre (Tenancingo) 30 de Diciembre de 1866.

"Mariscal:

"Al momento de marchar con mis fuerzas so-"bre la ciudad de Toluca, con la convicción de que "la plaza no podría resistirme, y deseando evitar á "la ciudad las tristes consecuencias de un asalto, "envié al coronel Jesús Lalanne como parlamenta-"rio, para que procurara una entrevista con los *je-"fes mexicanos* de la plaza, proponiéndoles condicio-"nes honrosas.

"Mi enviado ha sido hecho prisionero en el ca-"mino y llevado á México. Esta es una violación de "los usos de la guerra, que no tiene, sin duda, más "causa que el exceso de celo de los que lo come-"tieron.

"Como siempre he conocido vuestros sentimien-"tos de caballerosidad, cuento con ellos para repa-"rar el mal.

Vicente Riva Palacio."

Esta carta, que además de incorrecta era demasiado pretenciosa, recibió la dura y enérgica contestación que va á leerse en seguida:

"México, 3 de Enero de 1867.

"Al Sr. general Riva Palacio.

"S. E. el Mariscal, general en jefe del ejército "expedicionario francés, me encarga tenga el honor "de contestar vuestra carta, fechada en Tenancingo "el 30 de Diciembre pasado.

"Las ocupaciones de S. E. no le permiten con-
"testaros personalmente. Habreis visto ya que el "teniente coronel D. Jesús Lalanne ha sido puesto "en libertad por instancias del Mariscal, quien lo "envía á que se os presente.

"Permitidme agregar, Señor General, que sin "dificultad comprendereis que, en las circunstancias "actuales *no pueden ser indiferentes al jefe del ejército francés los movimientos que se ejecúten por el lado de Toluca, á veinte leguas del valle de México.*

"No me toca aconsejaros tal ó cual manera de "obrar; pero *me importa mucho que ninguna mala interpretación pueda haceros suponer que S. E. permanecerá impasible cuando vuestras tropas tomen la ofensiva, y se aproximen á nuestras líneas más de lo que conviene soportar al ejército francés.*

"Dignaos apreciar la situación bajo su verdadero punto de vista, y comprenderéis que *sereis responsable de las medidas que crea deber tomar el Mariscal para mantener, durante su permanencia en México, á los cuerpos del ejército republicano á cierta distancia de la capital y de los puntos estratégicos que crea deber ocupar.*

El Coronel de Estado Mayor."

La advertencia no fué inutil, pues no se ocupó Toluca sino cuando el ejército francés había desocupado ya el valle de México.

Así se retiró tranquilo el ejército expedicionario por el Oriente, llegando su retaguardia á Puebla el 11 de Febrero de 1867, y marchando á Orizaba supo Bazaine el día 14 que Miramón, que había

abierto la campaña imperialista ocupando y saqueando á Zacatecas, sin lograr aprehender y fusilar á Juarez y á su gabinete, como se le había prevenido, quedó destrozado en San Jacinto.

Por fin, el 8 de Marzo se embarcó el Mariscal, y el suelo mexicano quedó libre de la intervención francesa. Las tropas de Napoleón entonces ignoraban que la diplomacia americana las echaba de un país que ocuparon, pero que no dominaron, teniendo que batirse día á día con los republicanos.

Sólo en los Estados fronterizos la desocupación no fué tan tranquila. En Sinaloa los franceses, batidos por Corona, y obligados á encerrarse en Mazatlán, no pudieron embarcarse sino cuando se lo permitió el general mexicano.

En Febrero de 1867 la República había reconquistado todo el territorio, sin encontrar resistencia alguna: los imperialistas que guarnecían las plazas y ciudades que fortificadas les confiaron los franceses, las entregaron sin combatir, huyendo ante los soldados de la Nación.

Solo quedaban á Maximiliano Puebla, Querétaro y la capital, más los pequeños pueblos que servían de postas en los caminos concéntricos para aquellas poblaciones, y que pronto fueron ocupados por las guerrillas.

La ola de la insurrección envolvía por todas partes al imperio y amenazaba tragarlo muy pronto. Por el Norte y Occidente avanzaban grandes

cuerpos de ejército al mando de Escobedo y Corona: al Oriente el Gral. Diaz, derrotando austriacos y traidores, dominaba desde Oaxaca hasta los linderos de Puebla, y otras fuerzas dependientes de él ocupaban todo el Estado de Veracruz, estando próximas á apoderarse del puerto.

El Estado de México y aun sus distritos lejanos habían recobrado su independencia y las fuerzas del Sur se desbordaban hasta Cuernavaca.

Demencia fué, pues, de Maximiliano creer que podía triunfar y establecer sólidamente su imperio cuando su tesoro estaba en bancarrota, y salieron mentidas las ofertas de once millones que su Ministerio clerical prometió en Orizaba, y los quince millones que dijo el padre Fischer donaría el clero.

Más ilusorio era todavía el ejército de Marquez y Miramón, compuesto con los restos de las hordas de Zuloaga y del asesino de Ocampo, vestidos de harapos militares y mandado por oficiales que Maximiliano mismo había degradado, cuando intentó organizar su ejército.

Con esas bandas salió Maximiliano de México el 13 de Febrero de 1867, con las fuerzas que reunió rápidamente Marquez y llevando á éste como Mayor general á su lado.

Gran sorpresa debió sufrir el príncipe cuando á dos leguas de la capital, en la Lechería, una guerrilla republicana osó atacar á los cinco mil hombres que llevaba, mandados por D. Leonardo Marquez, repitiéndose en Calpulalpam igual ataque por una caballería de la Nación.

Por fin entró el 19 á Querétaro, donde logró reunir doce mil hombres, cuando llegó á la ciudad la división de Mendez, tan fogueada en Michoacán, y cuando se incorporaron á la división de Marquez las tropas de Castillo y Mejía, los restos de las de Miramón y las guarniciones de los pueblos vecinos.

Respetable era aquel cuerpo de ejército, y hubiera aplazado el triunfo de la República si lo hubiera mandado otro general mas hábil y menos acobardado que Marquez.

Pero éste, en vez de salir contra el ejército del Norte que era menor en número, se encerró en Querétaro, dejándose sitiar por Escobedo, Corona y las fuerzas que llegaron después al cerco de la ciudad.

Largo y sangriento fué aquel sitio, por las continuas salidas que hacían los imperialistas que, después de atacar audazmente las líneas republicanas por distintos puntos, tenían que volver á encerrarse en la ciudad......pregonando, según el viejo sistema de los reaccionarios, siempre una victoria, no comprendida por la población de Querétaro al ver que el asedio continuaba más estrecho que nunca y que las tropas de Maximiliano, después de cada ataque, tornaban desmoralizadas y hechas pedazos.

Querétaro, en tanto, sufría tremendas vejaciones de los imperiales: saqueadas las familias, privadas de víveres, sufriendo la prisión y el plagio de sus jefes cuando no podían pagar los exagerados impuestos, la población entera deseaba cayera aquel emperador que, rompiendo su lema de *equidad en la*

justicia, se había tornado en un capitán de foragidos.

Y cuando el hambre era ya terrible hasta en las tropas, los jefes de Maximiliano, para conservar la moral de la población y de sus soldados, forjaban partes que suponían llegados de México, anunciando la llegada de Marquez con un brillante ejército en auxilio de la ciudad sitiada.

IX.

Nueve dias habían transcurrido apenas de aquel en que la ciudad sufrió la primer embestida de los republicanos, cuando los jefes imperialistas tuvieron la intuición de que serían vencidos, si no recibían de la capital algún poderoso auxilio.

Para organizarlo en México, y traerlo á Querétaro, salió de esta ciudad Marquez el 23 de Marzo á la una de la noche, llevando consigo casi toda la caballería, y tomando el rumbo del Sur que no habían ocupado aun los sitiadores.

Llegado á México, salió de esta capital con todas las tropas que la guarnecían, el 29 de Marzo; y con ocho mil hombres y numerosa artillería, se dirigió, no á Querétaro como era su deber, sino á Puebla sitiada por el Gral. Diaz.

Mas el Gral. Diaz, que sintió la llegada de Marquez, dió el brillante, el casi increible ataque del 2 de Abril, tomando á Puebla.

Después de esta espléndida victoria, marchó contra Marquez que, al saber la ocupación de Puebla, intentó retroceder, lleno de pánico. Pero el día

diez le dió alcance el Gral. Diaz, á quién se habían unido ya las caballerías que de Querétaro desprendió Escobedo en observación de Marquez.

Tres dias duró aquella campaña de los republicanos contra los traidores, los húngaros y los austriacos, no contra Marquez, que á los primeros tiros abandonó á su gente, llegando sólo, durante la noche, á la capital. En un trayecto de veintisiete leguas persiguió el Gral. Diaz á los imperialistas, quitándoles su artillería y sus municiones y haciendo centenares de prisioneros. En aquel extenso campo de batalla, desde San Lorenzo hasta el pueblo de la Magdalena, en los suburbios de la capital, quedó tendido un reguero de heridos y muertos.

El 12 de Abril de 1867, el Gral. Diaz con su brillante ejército de Oriente estaba ya sobre México, circunvalándolo y estableciendo su cuartel general en la Villa de Guadalupe Hidalgo.

Ninguna esperanza quedaba á Maximiliano de que su lugarteniente fuera con un ejército á auxiliarlo: Querétaro debía sucumbir más tarde.

Los sitiados desplegaban, entre tanto, toda su energía, haciendo frecuentes y vigorosas salidas que obligaban al ejército sitiador á vivir en continua vigilancia.

Varios ataques emprendieron los imperiales sobre el campo del Gral. Escobedo, siendo el más notable el del 27 de Abril. En la madrugada de ese día D. Severo Castillo asaltó la garita llamada de

México, con sumo brío, para concentrar allí las reservas republicanas. Ataque falso, pues sólo querian los sitiadores sorprender la línea del Sur, y lo consiguieron. Miramón, apoyado por las caballerías de Mejía lanzó desde la Alameda y la Casa Blanca fuertes columnas de infantería que, sorprendiendo la línea del Gral. Corona, revasaron las paralelas y pusieron en completa dispersión á las tropas que las cubrían.

Los imperiales hicieron un gran número de prisioneros y se apoderaron de veinte piezas de artillería, gran cantidad de parque y un gran número de provisiones. Hasta la plebe de Querétaro salió alborozada de la ciudad, y se precipitó sobre el campo republicano, abandonado ya, saqueándolo.

El júbilo de los sitiados fué inmenso con aquella inesperada victoria; y sin la jactancia de los jefes imperialistas, hubieran sufrido los republicanos un desastre mayor.

En efecto, rota la línea en una extensión inmensa, pudo Maximiliano salir con todo su ejército y su artillería y retirarse por el Sur de la ciudad, batiéndose ventajosamente con las tropas que lo persiguieran. Y si era vencido, lo que hubiera sido dificil, al menos el archiduque y sus generales se hubieran salvado de caer prisioneros. Pero el orgullo los perdió; permanecieron en el campo que habían conquistado hasta que llegó la reserva presurosamente enviada por Escobedo. Primero una guerrilla de León Ugalde barrió y lanceó á los paisanos que robaban el campamento, é hizo fuego sobre

la infantería imperialista, que se había dispersado. Entonces aparecieron los cazadores de Galeana y un batallón de infantería haciendo un fuego mortífero sobre los imperiales. Estos se repusieron y se empeñó un combate rudo y desigual, pues unos cuantos republicanos hicieron replegarse á dos mil imperiales.

Al fin llegó la reserva y la victoria imperialista se convirtió en derrota: el regimiento de la emperatriz huyó hecho pedazos por la caballlería de Galeana, que lo diezmaba con sus rifles de 16 tiros. Dos horas después, Maximiliano y sus generales volvían á encerrarse en la ciudad con sus tropas destrozadas, á la vez que los republicanos restablecían su antigua línea de sitio, y con sus cañones acallaban los repiques con que los sitiados celebraban su efímero triunfo.

Maximiliano había perdido la esperanza de salvarse, y su causa quedaba irremisiblemente perdida.

Tres salidas más hicieron los sitiados, en los dias 1º, 3 y 5 de Mayo, vigorosas y audaces, pero todas desgraciadas, porque fueron rechazados perdiendo gran número de jefes, oficiales y tropa.

Convencidos ya de que tanto sacrificio era inútil, se entregaron los jefes imperialistas á todo género de crímenes, plagiando á los vecinos ricos, reduciendo á prisión á las mujeres y á los niños para obtener por ellos un fuerte rescate, y llevando á los ancianos á las trincheras cuando no podían dar las sumas que se les pedían.

El hambre imperaba en la ciudad, y centenares de infelices vagaban por las calles mendigando, sin que nadie los pudiera socorrer. Los jefes de Maximiliano habían saqueado los almacenes, las tiendas y las casas de los particulares, robándose cuantos víveres habían encontrado.

Los soldados se desertaban en masa y no tenían ya alientos para combatir. Los principales caudillos vieron que había llegado la hora terrible de resolver aquel dilema de vida ó de muerte, y determinaron atacar toda la línea republicana, para romperla por el punto que sintieran débil, desocupar la ciudad y escaparse sacrificando á sus soldados y á la población, que dejaban á merced del vencedor.

Retiraron de las fortificaciones gran parte de su artillería, prepararon puentes para salvar las paralelas, y varias noches dieron órdenes para el ataque al siguiente día; pero á poco mandaban suspender los preparativos.

Maximiliano se oponía á aquella insensata aventura, porque siendo un torpe ginete comprendía que en la confusión de la batalla no podría salvarse y que caería muerto ó prisionero.

En vano sus principales caudillos le dirigieron una larga exposición, fechada el 14 de Mayo, en la que, después de acusar á Marquez como traidor á su soberano y de narrar continuos y soñados triunfos sobre los sitiadores, proponían como única salvación desocupar la plaza, romper la línea y fugarse. En suma, tras aquella fanfarronería habitual á

los caudillos de la reacción, se escapaba á éstos el angustioso grito de *¡sálvese quien pueda!*

Tan curioso documento fué presentado al príncipe en la mañana del 14 de Mayo, al príncipe convencido al fin de que sus generales, viéndose perdidos, iban á intentar salvarse, sacrificándolo tal vez.

La historia, tranquila y serena, no puede revelar lo que pasó en el ánimo del archiduque y tiene que limitarse á narrar los hechos.

A las primeras horas de la noche del mismo día 14, se presentó, en el punto que mandaba el Coronel Julio Mª Cervantes, Miguel López, jefe imperialista encargado de la Cruz y favorito de Maximiliano. Previamente había alcanzado López del Gral. Escobedo, por medio de un agente secreto, el permiso de pasar al Cuartel General republicano, llevando una comisión reservada del Archiduque.

El Coronel Cervantes, en virtud de las órdenes que ya había recibido, hizo que su ayudante condujera á López á la tienda de campaña del Gral. en Jefe, á quien expuso, según un parte muy retardado del Gral. Escobedo, que Maximiliano lo enviaba proponiéndole le permitiese salir de la plaza, con solo la escolta de un escuadrón y marchar hasta la costa, para embarcarse rumbo á Europa, empeñando su palabra de honor de no volver á la República y abdicando la corona solemnemente.

¿Llevaba López una credencial que lo autorizase como representante ó comisionado de Maximiliano? Evidentemente no, y el Gral. Escobedo debió

de tener algún dato más para creer en la autenticidad de la misión del Coronel imperialista.

El hecho fué que Escobedo se negó absolutamente á permitir lo que solicitaba el Archiduque, porque tenía órdenes expresas y terminantes del Sr. Juarez de no conceder capitulación alguna al enemigo, y aceptar únicamente la rendición sin condiciones.

El Gobierno de la República estaba seguro de que la plaza de Querétaro sucumbiría, y deseaba capturar y castigar á los caudillos de la reacción, que tantos males habían causado á la Nación con la guerra civíl y trayendo después la intervención extranjera.

Larga fué la conferencia, porque López insistía y rogaba por la salvación de Maximiliano; pero tuvo que volver á la plaza sin esperanza de ninguna especie. Mas el Gral. Escobedo tenía ya noticias precisas de la situación que guardaba Querétaro, y del intento de los Generales sitiados. Así, en vez de prepararse á resistir el ataque, tomó la iniciativa disponiendo una fuerte columna que sorprendiese el punto formidable de la Cruz, que era la clave de la ciudad.

A las once de la misma noche del 14, había dictado ya todas sus disposiciones para que en la madrugada del 15 todo el ejército diese un ataque general y dos batallones asaltasen y tomasen el convento de la Cruz.

En las últimas sombras de la noche comenzó á ejecutarse plan tan atrevido. Los batallones de

Nuevo-León y Supremos Poderes, guiados por jefes valientísimos, salieron de la línea, cruzaron silenciosos entre las peñas y matorrales por el oriente de la colina en que se asienta la Cruz, llegaron á la tapia exterior de la huerta, penetraron por una tronera, la ocuparon, lo mismo que el cementerio, sorprendieron á los centinelas y al coronel López é hicieron que los condujese al interior del convento. Rápidamente se apoderaron los republicanos del sombrío edificio y de las fortificaciones que lo circundaban, haciendo prisionera á toda la guarnición, que yacía en el sueño más profundo.

Los jefes republicanos habían consumado aquella audaz empresa sin disparar un fusil y sin que se derramase uua sola gota de sangre.

También Maximiliano dormía y lo despertaron comunicándole que el enemigo se había adueñado de la Cruz. Aceleradamente se vistió y sin pensar en defenderse, salió del convento acompañado de algunas personas de su séquito.

Un general republicano le dejó el paso libre, y Maximiliano llegó apresuradamente al cerro de las Campanas, en los momentos en que comenzaba el asalto general ordenado por Escobedo y se desprendían de la Cruz las columnas del Gral. Velez, que penetraron á la ciudad hasta el centro de ella, apoderándose del convento de San Francisco.

Comenzó entonces el fuego intensísimo en toda la línea, y á su estruendo los jefes imperialistas, sorprendidos, salieron de sus alojamientos. Mejía marchó para el Cerro de las Campanas y Miramón se

dirigía á San Francisco cuando cayó herido en el cuello por una bala: se refugió entonces en la casa de un médico, donde más tarde fué aprehendido.

En tanto Maximiliano, rodeado de algunos de sus Generales, desde la cima de aquel cerro que pronto debía ser su cadalso, veía aterrado disolverse aquel ejército, única base de un trono que con él iba á derrumbarse en un charco de sangre.

Las tropas imperialistas, atacadas por el frente y por retaguardia, no combatían ya, y batallones enteros se dispersaban tirando las armas, ó caían prisioneros.

Maximiliano presenciaba el desastre; preguntó á Mejía si era posible aún intentar una salida, y el jefe serrano, explorando toda la línea con el anteojo, contestó que todo estaba perdido. El archiduque mandó entonces tocar parlamento y enarbolar una bandera blanca, enviando á sus ayudantes en pos del Gral. en Jefe, para que le participaran su rendición.

Lentamente bajó en su caballo Maximiliano acompañado de algunos jefes imperialistas, y al dirigirse á la ciudad vió que se acercaba el Gral. Corona, acompañado de su estado mayor; le envió entonces un ayudante solicitando hablarle.

Se aproximó Corona, y llegó junto al Archiduque. Entonces éste lo saludó y le dijo:

—Señor General, ya no soy emperador, pues abdiqué ante mi consejo de gobierno en México.

—Para mi, le contestó el Gral. Corona, nunca lo ha sido Vd.

—Yo deseara, replicó Maximiliano, tener garantías para mi y para los que me rodean.

—Ninguna violencia sufrirán Vds., dijo Corona, y lo que deba hacerse lo resolverá el Gral. en Jefe.

Llegó éste pocos momentos después, y Maximiliano, dirigiéndole con gravedad un saludo, solicitó hablarle en lo reservado.

Se separó el Gral. Escobedo de su estado mayor para escuchar á Maximiliano:

—¿Me permitirá Vd., le dijo el Archiduque, que custodiado por una escolta marche yo hasta un punto de la costa, donde pueda embarcarme para Europa, empeñando mi palabra de honor de no volver á México.?

—No me es permitido conceder á Vd. lo que pide, contestó secamente Escobedo.

—Puesto que es así, dijo Maximiliano, espero no permitirá Vd. que se me ultraje, y que seré tratado con las consideraciones debidas á un prisionero de guerra.

—Eso es Vd. mío, respondió Escobedo.

Maximiliano entregó su espada y fué conducido al convento de la Cruz, donde quedó preso en la misma celda que habitó durante el sitio. Poco después se le trasladó con los demás Generales imperialistas al convento de Teresitas, y de allí al de Capuchinas, cuando comenzó el proceso que á él, á Miramón y á Mejía mandó formar el Gobierno de la República.

El sueño del imperio había concluido y quedaban prisioneros el Archiduque, todos sus Generales,

jefes y oficiales y más de ocho mil soldados imperialistas.

X.

Capturados *infraganti* y con las armas en la mano el príncipe y los caudillos reaccionarios que se habían aliado con el invasor, pudo el Gobierno de la República pasarlos en el acto por las armas previa identificación, en cumplimiento de la ley. Pero Juarez, sereno y reflecsivo, quiso que en sus decisiones nada apareciera que se interpretase como un arranque de pasión ó de violenta venganza; y pensando tan solo en afirmar la paz, resguardar los intereses legítimos, los derechos y el porvenir de la Nación, ordenó que se procesase á los tres principales jefes del llamado imperio, Maximiliano, Mejía y Miramón.

La ley única aplicable al caso era la del 25 de Enero de 1862, y el Presidente de la República dispuso que según ella se procediese en el juicio, no conforme á sus primeros artículos que prevenían la ejecución inmediata de los reos de alta traición, sino según los artículos del 6º al 11º que, sometiendo á los culpables á un consejo de guerra ordinario, les otorgaban una defensa amplia y eficaz.

Diez dias después de la ocupación de Querétaro comenzó el proceso: los acusados nombraron por defensores á inteligentísimos abogados, y Maximiliano hizo venir de México no solo á sus patronos

sino al que había sido Ministro de Prusia cerca de su persona.

El 5 de Junio llegaron á Querétaro el Baron Magnus con los tres defensores, y al siguiente día el Ministro de Austria con los encargados de negocios de Bélgica y de Italia; corte inútil, pues ninguno de ellos estaba acreditado con el Presidente Juarez.

El proceso seguía sus términos fatales, y entre tanto la mujer de uno de los oficiales prisioneros forjaba una pueril é insensata conspiración para facilitar la fuga de Maximiliano.

Descubierta la intentona, el General Escobedo expulsó de la ciudad á los tres Ministros extranjeros y á la princesa trashumante, que había sido el alma de aquella pequeña intriga. El prusiano hacía días que estaba en S. Luis Potosí.

Á pesar de las moratorias interpuestas por los defensores, el Consejo de Guerra se instaló el 13 de Junio; y tras una sesión larga y tempestuosa, en la que los procuradores agotaron su talento y saber para salvar á sus defensos, al siguiente día 14, por unanimidad de votos, condenó á ser pasados por las armas á los reos de lesa-nación Fernando Maximiliano de Hapsburgo, Miguel Miramón y Tomás Mejía.

Negada por el Presidente la gracia de indulto que solicitaron los defensores, y habiendo tenido una prórroga de tres días para la ejecución de la sentencia, el día 19 de Junio fueron fusilados en el Cerro de las Campanas los tres reos, á las siete y cinco minutos de la mañana.

Treinta y tres años han transcurrido desde que el drama imperial de Querétaro cerró para siempre aquel humillante período de nuestra historia, en el que la Europa intervenía osadamente en la política mexicana. Y si en 1867 el Gobierno de la República alcanzó con su energía el respeto de los pueblos extranjeros, los poderes que sucedieron á Juarez, con su hábil administración, han logrado conquistar para México la estimación de las naciones civilizadas.

En los agitados días en que se juzgaba á Maximiliano y á sus principales caudillos, Juarez y su gabinete tenían que ser inflexibles en el cumplimiento de la ley, sin doblegarse ante las súplicas, ni bajo las poderosas influencias que se interpusieron para alcanzar el indulto de los sentenciados á muerte.

Esas súplicas y esas influencias abundaron hasta el exceso, sin hacer vacilar la resolución tomada por el Gobierno. Los defensores de los reos, los miembros del cuerpo diplomático, especialmente el Barón de Magnus, y doscientas señoras de S. Luis Potosí, que vestidas de duelo se arrojaron á los pies de Juarez y de Lerdo de Tejada, su Ministro, no pudieron conseguir la gracia de los condenados.

Es pertinente al objeto que persigue este pequeño trabajo histórico, citar aquí un fragmento de la contestación que el Sr. Lerdo dió al ocurso en que los defensores pedían el indulto. Dice así:

"..... El Gobierno ha experimentado un pesar "inexplicable al tomar una resolución de la cual "hace depender la paz para el porvenir. La justicia

"y la conveniencia pública lo exigen. Si el Gobierno "comete un error, no será el resultado de presión al- "guna: lo habremos cometido con la conciencia tran- "quila. Esta es la que nos ha guiado."

Juarez, á su vez dijo á los defensores:—"Habeis "debido sufrir cruelmente con la inflecsibilidad del "Gobierno; mas no se puede comprender hoy que la "necesidad, más que la justicia, la dicta. El tiempo "se encargará de ese cuidado. La ley y la sentencia "son en este momento inexorables, porque así lo "exige la salud pública."

Hasta los Estados Unidos intentaron salvar á los reos. Y cuando la República vecina había influido tan poderosamente y de una manera decisiva en la retirada del ejército francés; cuando el Gobierno Americano había dado tantas muestras de simpatía hacia el nuestro y hacia nuestras instituciones democráticas, siendo el único de importancia que se negó á reconocer al imperio, parecía indudable que si el Gabinete de la Casa Blanca pedía el perdón de los sentenciados, nuestro Gobierno lo otorgaría.

Sin embargo, no fué así. En los *Executive documents* de 1867 á 1868 se registra una correspondencia entre M. Seward y Mr. Campbell, de la cual tomamos los siguientes datos:

—"En el mes de Abril (1867) circuló en los Es- "tado Unidos la noticia de que el emperador Maxi- "miliano había sido capturado. Inmediatamente M. "Seward hizo partir para S. Luis Potosí á un agen- "te especial, M. Whyte, encargado de insistir cerca "de Juarez para que la vida de aquel fuese respetada.

"Los fusilamientos de los prisioneros franceses en "S. Jacinto habían ya conmovido penosamente al "Gabinete americano, y por lo mismo recomendaba "vivamente á Juarez que se abstuviese de vengan-"zas que debían aminorar las simpatías por la cau-"sa republicana.

"El Sr. Lerdo de Tejada, en una nota, contestó "negando á Maximiliano y á sus partidarios el de-"recho de ser amparados por las leyes de la guerra. "Mas, á pesar de no revelar claramente la resolución "tomada por el Gobierno de Juarez de condenar "á muerte á Maximiliano, la carta del Ministro de-"jaba entrever demasiado esa resolución." (M. Seward á M. Campbell, 6 de Abril de 1867.—M. Campbell á M. Serward, 15 de Mayo.)

Y más adelante de la referida colección se encuentra el siguiente párrafo:

—"Cuando se supo en Washington la toma de "Querétaro, el gabinete americano cuyos buenos ofi-"cios habían reclamado los gobiernos extranjeros "para salvar á Maximiliano, renovó sus instancias "cerca de Juarez por conducto del Sr. Romero, agen-"te mexicano en Washington. Además, dió orden "formal á M. Campbell, designado como Ministro de "los Estados Unidos cerca de la República Mexica-"na, de que marchara á su puesto. M. Cambell es-"taba entonces en Nueva Orleans; y habiendo ale-"gado razones de salud y dificultades para empren-"der el viaje, se le relevó de sus funciones. Ningún "representante americano se encontraba, pues, cer-"ca de Juarez en aquel solemne momento; y, por

"otra parte, es dudoso que esta intervención hubie-"ra sido bastante influente para hacer prevalecer "ideas de clemencia." (Estractado de una nota de M. Seward á Mr. Campbell, de 15 de Junio.)

La descarga de fusilería que mató al príncipe Maximiliano de Hapsburgo tuvo un eco de terror en Europa, y los gobiernos que osaron pactar, en la convención de Londres de 31 de Octubre de 1861, una agresión injusta y alevosa contra México, comprendieron que había cesado ya para siempre la coacción que ejercieron sobre el país que creían débil, y que en lo futuro no podían venir ya en son de guerra á la República, haciendo reclamaciones leoninas como la del suizo Jecker.

Napoleón III debió estremecerse de terror y vergüenza al sentir caer sobre su frente una gota de sangre de Maximiliano, y en su espalda el dolor que le causara el latigazo con que el yankee lo echó fuera del territorio Mexicano.

La Europa guardó un silencio solemne después de la tragedia del Cerro de las Campanas, y, sin embargo, pocos condenaron al Gobierno de México que había herido con la ley al usurpador y á sus principales cómplices.

Niox, capitán de estado mayor, que hizo la historia oficial de la expedición de México, termina su importante obra con estas palabras: "El emperador

"Maximiliano no fuè víctima de una primera explo-"sión de venganza del partido liberal. Su muerte, "friamente resuelta, era una amenaza terrible lan-"zada por Juarez y los hombres de su partido, á "aquellos que, en lo porvenir intentasen volver á "levantar un trono en México."

El Gobierno republicano cumplió, por tanto, con un penoso deber, al asegurar con aquellas ejecuciones la paz y la estabilidad de las instituciones democráticas. Y el partido nacional conquistó una página de gloria en los anales patrios por la inquebrantable energía y la sublime abnegación con que luchó contra el poderoso ejército francés, sobre el que obtuvo brillantes triunfos.

Verdad es que éste, coactado por la altiva amenaza de los Estados Unidos, salió del país dejando abandonado á su destino el imperio que había forjado; pero eso en nada mengua los timbres del partido liberal que sin armas casi, sin elementos y sin dinero, combatió día á día contra los noventa mil soldados que sostenían á Maximiliano.

Después de su derrota en San Lorenzo, Marquez, encerrado en la capital con los numerosos elementos de guerra que ésta contenía, levantó nuevas tropas, que equipó y mantuvo imponiendo onerosísimos impuestos á los ricos, á los comerciantes y al fin á la población entera. Los mismos plagios y robos; las mismas violencias y tropelías que cometieron

los sitiados en Querétaro, consumó Marquez en la capital.

Pero lo que más procuraba el Lugarteniente de su Emperador, era que se ignorase en México la toma de Querétaro y la prisión y proceso de Maximiliano. Cuando llegó á la Capital Ramírez Arellano, evadido de Querétaro, este jefe y Marquez osaron forjar y publicar la noticia de que su emperador, después de haber derrotado al Gral. Escobedo, tornaba á México á salvarla del Gral. Diaz.

El héroe de Oriente, con los seis mil hombres que tenía apenas, no podía sitiar completamente una ciudad de area tan extensa; y sólo por su valor y energía pudo mantener encerrado á Marquez, quien procuraba ganar tiempo para encontrar un medio de escapar de la justicia de la Nación, que tenía que reclamarle tanto crimen y tanta sangre vertida.

En vano se había visto salir para Querétaro á los Ministros extranjeros y á los defensores llamados por Maximiliano; Marquez seguía ocultando la verdad, temeroso de una insurrección en favor de la República. Por fin, al llegar un despacho de M. Lago, el 19 de Junio, en el que, con su caracter de Ministro de Austria, prevenía á los jefes de los cuerpos austriacos que depusieran su actitud hostil, Marquez desapareció dejando el cargo de situación tan desesperada á Tavera.

Este capituló la noche del 20 de Junio, rindiendose sin condiciones con toda la guarnición, y el día 21 el Gral. Diaz ocupó la capital en nombre del Gobierno de la República.

México había triunfado en su segunda guerra de independencia, saliendo de aquella tremenda crisis más fuerte, y respetada por todas las naciones.

México—1900.

Hilarión Frias y Soto.



